DAVIS
F1786
.T265
1916

Diego Vicente Tejera

Enseñanzas y Profecías

HABANA
1916

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/enseanzasyprofec00teje

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00043613303

BIBLIOTECA CUBA

Diego Vicente Tejera

XIV

ENSEÑANZAS Y PROFECIAS

Julio 15 de 1916.

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

HABANA
Imprenta "La Prueba" Obrapía 99
1916

AL LECTOR

Ser poeta no es lo que creen muchos,—pasear de melena y sombrero alón por los parajes ensombrecidos, y escribir, hoy una quintilla a la azucena, y mañana un dístico a la col. Ser poeta no es cosa del sombrero, ni es poesía cuanto se escribe en verso. Ser poeta es tener en la mente y en el alma un nido de ruiseñores y de águilas: porque no es poeta el que dueño del don divino, vive satisfecho entre un conglomerado de gentes sin ideales, de mercaderes proveedores de establos y restaurantes,—compañero lo mismo, como Orfeo, de los que van a la conquista del vellocino de oro, que, como Esquilo, de los que van a rescatar a Salamina.... Y son además de poetas, hombres, los que cuando los tiempos lo disponen, dejan la lira y esgrimen la espada o la pluma del combatiente, o hacen de la tribuna, reducto de civismo y cátedra de anunciaciones: clarín del honor y corcel de la virtud. Poeta fué Diego Vicente Tejera, porque en sus cantos—libres de menjurjes y coloretes, y de sudores mal olientes—ni hay emociones ficticias ni entusiasmos utilitarios ni melancolías mentirosas. Y

hombre, porque cuando la patria sangraba y pedía hijos valerosos capaces de ofrendarle la vida, e hijos talentosos capaces de señalarle y apartarle los estorbos del camino y de no dejar apagar la llama de la fe, Tejera supo apresar los dulces ruiseñores de su mente y de su alma, y dar salida únicamente a las águilas bravías.

En Cayo Hueso, peñón heroico, centinela de Cuba esclava, como para que España no nos la acabara, y guardián de Cuba libre, como para que los Estados Unidos no nos la arrebaten nunca, en Cayo Hueso, fué a plantar su tienda de peregrino, cuando la última guerra de independencia, el cantor de *La Hamaca*. Allí, entre aquellos cubanos abnegados, en la sala de San Carlos, dejó oir periódicamente su voz, para enseñar a ser hombres, a vivir en la República, a muchos tal vez de los que ahora mismo, bajo la vestidura de políticos no saben vivir como ciudadanos... De aquellas conferencias, pronunciadas hace diecinueve o veinte años, con la mirada y el pensamiento en la tierra amada, la BIBLIOTECA CUBA, fiel a su programa, recoge cuatro y las ofrece en este volumen, ¿Quién no recuerda a Diego Vicente Tejera? Era flaco de cuerpo: era grande de corazón: tenía mucho talento, sólida cultura y rebosaba de amor por los pobres, por los humildes, por los menesterosos...

N. C.

LOS FUTUROS PARTIDOS POLITICOS DE LA REPUBLICA CUBANA

(Conferencia dada en San Carlos, Cayo Hueso, el 3 de Octubre de 1897).

Al principiar esta serie de conferencias sociales y políticas, quiero, como preliminar indispensable, fijar, de modo definitivo, lo que debéis esperar de mí. No he de regalaros con discursos que os deleiten: nunca he sido orador, y no voy a empeñarme en serlo ahora, dando a mis pensamientos un ropaje amplio y rico, cuando tengo, como escritor, el hábito de presentarlos desnudos o ataviados con extremada sencillez. Tampoco intento instruiros: que semejante pretensión fuera ridícula en hombre, como yo, que nada ha profundizado, que nada sabe técnicamente, que si algo ha visto y algo ha leído, lo ha hecho con ojos de curioso, no reteniendo del mundo y de las cosas sino impresiones e ideas generales. Mi solo objeto, al congregaros aquí, es que conversemos, como en familia, de asuntos que nos importan mucho, en nuestro doble carácter de cubanos y de trabajadores; que bus-

quemos juntos, con ánimo tranquilo y afectuoso—ya que hemos de constituir mañana una nueva sociedad en Cuba—la manera de llevar a esa sociedad un poco de justicia, algo de equidad que la diferencie de otras comunidades del mundo, que han envejecido en la práctica de la injusticia y que, por viejas, muéstranse refractarias a la regeneración.

Nuestra situación—considerad bien esto—es excepcionalmente favorable. Se nos va a ofrecer realizado, en Cuba, un ideal que no pueden acariciar los socialistas europeos, agitándose, como se agitan, en el seno de sociedades inconmovibles, petrificadas en los moldes del antiguo régimen: Cuba se nos presentará con ese régimen antiguo hecho pedazos, sin nada en pie: campo desmontado, arado y hasta abonado con la sangre de la tiranía, en donde podremos arrojar las semillas que nos plazca: *tabula rasa* inmensa, en donde podremos construir a nuestro antojo. Preciso es, pues, que aprovechemos la situación excepcional; que a la hora de sembrar, estemos allí con nuestro grano de bendición para lanzarlo al surco; que a la hora de construir, estemos allí con nuestros materiales y nuestros instrumentos, no sea que los adversarios naturales se nos anticipen, y se construyan viviendas cerradas, y nos dejen en la calle.

Pero en los actuales momentos, no debemos hacer sino simple obra de preparación. Por justa y noble que

sea la lucha que hemos de emprender mañana contra los explotadores del trabajo obrero, hay para nosotros—hoy—otra lucha más urgente, más vital, más santa si se quiere, y que exige la consagración absoluta de todas nuestras energías: ésa en que estamos empeñados para barrer de Cuba, con el dominio español, el régimen antiguo; esa que ha de darnos una patria, es decir, el suelo en qué fundar la realización de nuestras más bellas esperanzas. Es necesario hacer mucho hincapié sobre este punto. Que no se diga, que nadie pueda mañosamente decir que los obreros del Cayo carecen de patriotismo, o que lo entienden mal; que con reivindicaciones impacientes van a suscitar obstáculos a esta revolución que a todos nos redime y dignifica. No: el obrero cubano, antes, mucho antes que su propia miserable condición como trabajador, ha sentido la miserable condición de Cuba como colonia, y sus primeras manifestaciones en la vida pública no han sido para reclamar derechos dentro de la misma sociedad cubana, sino para establecer su derecho primordial de figurar como hombre libre a la faz de las naciones. Con ese instinto político de que está dando muestras admirables, comprendió que ante todo había que hacer patria, y se le ha visto acallar sus resentimientos de clase postergada, para dar mayor vigor a su protesta de colono escarnecido. El obrero cubano fué el primero que acogió y alentó los pla-

nes libertadores de Martí; en él, como en base inquebrantable, se apoyó el agitador para la creación del famoso "partido revolucionario", que inició la guerra y la sostiene con fervor que no desmaya, y el oro, fruto de su incesante trabajar, no ha dejado un momento de convertirse en plomo que disparar contra el pecho del tirano. Pierdan, pues, todo temor los suspicaces: no suscitaremos el menor obstáculo, antes procuraremos remover los que otros opongan a la marcha de la revolución. Pero séanos permitido, ante la perspectiva del cercano triunfo, ir tomando posiciones. Otros las toman, otros las vienen tomando de muy atrás, y aun algunos, por su precipitación nerviosa, nos hacen sonreir o arrugar el entrecejo; pero no hemos dicho ni diremos nada contra ellos, porque en su derecho están, después de todo.

Y es que la hora, que pronto ha de sonar, será solemne y decisiva. Libre Cuba al fin, conquistada la patria, va el pueblo cubano a verse en frente de un desquiciamiento universal. Todo ha caído, todo ha tenido que caer: instituciones, leyes, costumbres, toda la antigua manera de vivir y de pensar, la riqueza, la industria, y—arrastrado por el cataclismo—hasta el hogar material, y con él la familia y la ventura. Todo yace allí en pavoroso hacinamiento, testimonio—por su pesadumbre—de la dureza de España, que levantó aquella máquina opresora, y del esfuerzo heroico del cubano,

que ha sabido echarla a tierra: porque aquel montón de escombros es la colonia derribada. El espectáculo será terrible, pero no desconsolador. El cubano, orgulloso de lo que supo hacer, cobrará fresco aliento para acometer la segunda parte de su obra. Porque no destruyó sino para reconstruir. De aquella informe ruina hay que sacar a luz una Cuba nueva, en que haya todo aquello de que careció y por cuya posesión suspiró la antigua Cuba, principalmente mucha libertad y mucha justicia—mucha juscia, para que completemos nuestro lema republicano, puesto que justicia es igualdad, e igualdad es fraternidad. La obra será magna, y para que sea también hermosa y buena, será indispensable que todos los cubanos —todos—pongan su mano en ella, que todos le infundan su espíritu, que todos encarnen en ella sus aspiraciones. Mal empezaría nuestra nueva vida de justicia y libertad, si privado del abrigo de nuestras instituciones, quedase expuesto a morir en la intemperie un solo anhelo legítimo, un simple sueño noble y generoso.

Las varias aspiraciones de los cubanos se concretarán, naturalmente, en esa hora delicada de la creación de una nacionalidad, y surgirán a la vida pública los partidos políticos. Es muy probable, porque es lógico y porque la historia de los pueblos nuevos así lo hace esperar, que al principio no se formen sino dos grandes agrupaciones, que aspiren a encarnar las

dos opuestas tendencias que regulan, por su lucha, la vida, a la vez estable y progresista, de las sociedades modernas: la tendencia conservadora y la tendencia liberal. Fácil nos sería —desde ahora y desde aquí—predecir cuáles han de ser las cuestiones que servirán de programa a cada uno de los partidos y de qué elementos y hasta de qué personas se compondrán. La forma republicana y democrática de gobierno es seguramente cosa indiscutible; pero nuestra república ¿será unitaria o federal?—He aquí el primer punto que determinará la división de los cubanos, y es indudable que los timoratos, los "sesudos", los ricos, los peninsulares que se naturalicen y los antiguos autonomistas a la española, los conservadores innatos en una palabra, optarán por la república unitaria, donde la centralización es mayor y el principio de autoridad más fuerte: los elementos liberales, en cambio, y por la aspiración contraria, abogarán por la república federal. No quiere esto decir, por supuesto, que cuestión tan ardua y compleja como la forma administrativa que haya de darse a la república, deba ser examinada desde el solo punto de vista de la mayor o menor expansión liberal que consienta cada forma y que dejen de considerarse otros aspectos de importancia extraordinaria: lo que quiero significar—y esto como ejemplo de lo que sucederá en todas las demás cuestiones de que vendrá preñado el pro-

blema de la reconstrucción—es que el simple grado aparente de liberalidad será lo que determine los primeros movimientos de las masas en un sentido u otro.

Tendremos, pues, en Cuba, según toda probabilidad, dos grandes partidos políticos que sabe Dios con qué nombres, mas englobando respectivamente las tendencias progresistas y reaccionarias, concurrirán a la obra gigantesca de darnos buena Constitución y buenas leyes. Justo y natural; y bien puede el trabajador, el obrero, según su temperamento, afiliarse aquí o allí, y aun sería más propio y conveniente que apoyase a los liberales, quienes, en los asuntos meramente políticos, tendrán a no dudarlo soluciones más en armonía con sus justas pretensiones a la vida plena del derecho. Pero tenga entendido el obrero cubano que ni liberales ni conservadores resolverán su problema capital, que ni siquiera intentarán resolverlo, y que atentos solamente a la lucha más o menos elevada que entablarán en disputa del poder, no se acordarán del oscuro proletario sino para tomarlo de escabel, en cambio de promesas cuanto más halagadoras más falaces.

El obrero ha de pelear por sí mismo su batalla, abiertamente, en pleno día, dondequiera y en cualesquiera condiciones que se encuentre: así lo comprueba el somero conocimiento de la historia de sus agitaciones en Europa. Al promediar el presente siglo,

cuando entraba en el período agudo el viejo conflicto entre el Capital y el Trabajo, las clases proletarias, inexpertas, empezaron a confiar sus reivindicaciones a los más avanzados de los partidos políticos existentes, y aun llegaron a soñar que al simple advenimiento de la república en aquellos feudos de vetustas monarquías, la redención del obrero quedaría consumada y volvería a brillar sobre la tierra el sol del Paraíso. Pero la república surgió y volvió a surgir en Francia, apareció en España la república, subieron al poder en otros países los partidos radicales.... y el obrero continuó bajo el dominio del capitalista, tan vejado y explotado como antes, y más triste, más colérico por la nueva decepción.

Entonces comprendieron las clases trabajadoras en qué consistía su verdadero interés, y desligándose por completo de la política ajena, que de tal modo las había engañado, constituyéronse en organismos aparte y entraron con bandera propia en la contienda. De aquel día data su importancia, porque se vió que el obrero era una fuerza, y una fuerza inteligente. Hay que estudiar la aparición del partido socialista en Alemania, y luego en Bélgica y en Francia, para darse cuenta de la habilidad singular, pasmosa, con que—esquivando obstáculos, tremendos unos por su tamaño y dureza, infames otros por su misma pequeñez, de que le llenaban el camino los gobiernos im-

placables—ha ido extendiendo y a la vez consolidando su organización, se ha introducido en los parlamentos y ha adquirido al fin allí tal personalidad, que se ha dado el caso de que desempeñara papel principalísimo, hasta de árbitro, en la resolución de asuntos vitales para la Nación. Con frecuencia los gobiernos mismos le ofrecen concesiones, a cambio de su voto en materias extrañas a su programa de partido.

Porque al fin es un partido. En Alemania sobre todo, merced a la dirección a todas luces magistral de jefes políticos como Bebel, como Liebknecht, el partido socialista es hoy insuprimible y casi incontrastable, y podría ya prefijarse el día, aunque todavía lejano, en que, dueño por crecimiento natural de la inmensa mayoría del pueblo y habiéndose infiltrado hasta en las clases superiores, imponga su ideal con niguna o con muy poca resistencia. No sé si me equivoco, pero creo que la futura revolución alemana, más trascendental que las histórica francesa, costará menos sangre y menos lágrimas a la humanidad.

Pero también ¡qué pueblo el alemán! ¡qué sabiduría en los jefes! ¡qué razonada convicción y qué disciplina en los soldados! ¡qué energía y qué prudencia en todos! La lucha violenta los habría perdido en medio de aquel Imperio totalmente militar, y optaron por la lucha de discusión y propaganda, lucha severamente le-

gal, dolorosísima al principio, cuando por débiles tuvieron que soportar las brutalidades de Bismarck; pero llevadera luego, cuando cobraron fuerzas, y digna por último y hasta victoriosa en cierto modo, cuando se vieron respetados y en más de una ocasión solicitados por el mismo Canciller de Hierro.

Sería, pues, hacedero y altamente provechoso que, entre los futuros partidos que aspirarán a dirigir y a modelar según sus planes la república cubana, figurase la clase obrera como partido independiente, con un programa limpiamente definido, con procedimientos ya estudiados, con aspiraciones que no tendiesen más que a la realización de la justicia, con un criterio amplio y generoso que supiese acoger con afabilidad las exigencias del derecho ajeno; partido que se empeñase en contribuir con los demás al engrandecimiento de la patria; partido de gobierno, en fin, cuya subida al poder no pudiese ser mirada sino como cosa plausible y natural.

Y he llegado, queridos compatriotas, al punto capital de mi pobre conferencia. Yo querría tener autoridad suficiente para indicaros lo que debe ser y lo que no debe ser ese partido; querría que pudieseis ver, dentro de mí, todo el cariño a Cuba y a vosotros que, a pesar de mi humildad, me dicta aquí un consejo. Poco valgo como inteligencia; pero puedo aseguraros, por lo mucho que he visto,

por lo mucho que he meditado en mi azarosa vida, que el odio es absolutamente estéril; que nada en cambio es más fecundo que el amor.

La vida es grave: no hay acción que no produzca consecuencias, que se extienden tal vez mucho más allá del alcance de nuestra vista. Yo temblaría desde ahora, y querría borrar de vuestra memoria todo lo que he dicho, si previera que la formación, que aconsejo, del partido socialista hubiese de ser una desgracia para Cuba, para esa pobre Cuba, por cuya redención estamos sacrificándolo todo: vida, riqueza, felicidad, reposo... Pero no: yo miro en mi pueblo un fondo de bondad que realmente es grande, bondad que es hija armónica de nuestra naturaleza dulce, de nuestro cielo luminoso, de nuestros campos festivos, de nuestro mar arrullador, y que se delata en nuestro semblante móvil, en nuestra sonrisa abierta, en nuestra mirada clara. Esa bondad cubana resplandece ahora mismo en toda Cuba, donde a la infame guerra de bandidos que el español nos hace, respondemos con la guerra caballeresca de los pueblos nobles.

Pues bien, a un pueblo tan humano como el nuestro, no es locura aconsejarle que formule la más peligrosa de las reclamaciones, aquélla que no puede hacerse sino con pupila encendida y voz airada, porque se exige nada menos que la cesación de injusticias seculares.

Pero penetrémonos hondamente de

que, desde el instante en que confiemos a la política—a nuestra política, por supuesto—la defensa de nuestra causa, deberemos sofocar el odio y contener la ira, que pudieran llevarnos a la acción brutal. Porque la política—muy capaz en verdad de proporcionarnos triunfo definitivo y satisfacción completa—es lucha de ideas nada más: lucha superior, la propia del único sér a quien la naturaleza ha dado, en lugar de potentes defensas corporales, fuerzas como la inteligencia, la razón, la voluntad; lucha espiritual, en que se hiere argumentando y se mata convenciendo, y tan noble, que hace del vencido un nuevo compañero del vencedor, con quien comparte, si no el laurel, al menos el provecho que produjo la victoria. ¿Qué procedimiento más eficaz que el suyo? No tiende sino a conquistar amigos, muchos amigos, tantos, que al fin no quede quien se oponga a la anhelada encarnación del ideal. La política es obra de sabiduría y de paciencia.

La prudencia es la virtud más útil en este género de contienda; pero la prudencia no excluye la energía, antes bien—si la acompaña—la dirige y fortalece. El partido obrero, ante la resistencia tenaz que ha de encontrar, tendrá que mostrarse muy enérgico, y sabrá hacerlo bien, por la natural viveza con que siente sus agravios. Su energía, sin embargo, no deberá ser la de las hembras y los niños, que estalla en terribles raptos pasaje-

ros, sino la constante y serena de las almas varoniles.

Constitúyase, pues, mañana, en Cuba, el gran partido socialista; organícese sabia y fuertemente; inicie por medio del periódico, de la tribuna y de las continuas excursiones a los pueblos y los campos, una propaganda intensa, infatigable; atraiga a su seno a todos los que en la hermosa Isla vivan en dependencia más o menos dura o vergonzosa del capital extraño: al obrero de todas las industrias, al campesino, al mísero artesano, al empleado inferior, al dependiente, a todo aquel que en el festín de la riqueza cubana no tenga puesto su cubierto todavía; y aceptando de buena fe la lucha en el terreno estrictamente legal de los principios, formule su programa, acuda al sufragio universal, lleve representantes a las cámaras, cuide tanto de sus intereses particulares como de los intereses generales de la nación, muéstrese capaz de gobernar—y aspire a gobernar!

Pero, al mismo tiempo que ejecute el partido toda esta obra exterior y pública, emprenda un vasto trabajo interior de educación moral e intelectual; corríjase, por reflexión, de algún defecto propio de la raza, como la prodigalidad, tan funesto para su porvenir económico; emancípese de algún vicio, como el juego, que nos dió y alimentó la corruptora tutela colonial, y adquiera abundantemente la ilustración, que tan necesaria ha de ser en nuestra nueva vida

de hombres libres. Advierta que en la transformación que ha de operarse en nuestra sociedad, deberemos procurar, para obtener en ésta un único nivel, no que caigan los de arriba, sino que suban los de abajo. La vida no tiene su entero precio sino cuando podemos gozarla con todas nuestras capacidades y potencias. No nos reduzcamos nosotros mismos, ni reduzcamos nuestros horizontes. Y si la sorda e incesante labor de los pueblos, que llamamos civilización, remata en marivillosa florescencia, de naturaleza rara y exquisita, afinemos por medio de la cultura los sentidos, para poder percibir sus delicados efluvios, que producen embriaguez novísima y deleites inefables.

Tengamos—pues podemos tenerla—una originalidad... Nuestra raza es fina, inteligente, alegre; somos sociables, hospitalarios, generosos; la poesía nos deleita, la música nos cautiva, la danza nos enloquece, y la naturaleza con sus aspectos distintos nos toca distintamente el corazón; el amor nos acompaña en todas las edades, la galantería nos es tan ingénita como la caballerosidad... ¿Quién ha de ver en nosotros al hosco demagogo de las decrépitas sociedades europeas, producto de miserias seculares, repleto del odio de veinte generaciones de oprimidos, pronto a lanzar su mortífera bomba en el primer corro de semejantes que encuentre al paso? No: el socialista cubano no espantará, no deberá espantar a nadie; el *bur-*

gues se sentirá dispuesto a tratarlo cordial o cortésmente, y acaso, acaso el trato mutuo facilite la victoria final de la justicia.

He aquí trazado, amigos míos, con mano rapidísima aunque inhábil, el bosquejo de mi ideal en este asunto. Creo que, a pesar de sus deficiencias, deja visible un plan que someto a vuestra consideración. Ese plan es expresión sincera de mis ideas y mis sentimientos. Yo también soy un desheredado; yo también, por mis disposiciones literarias sin empleo en nuestra sociedad, he devorado más de una vez, en silencio, el pan de la miseria, ablandado con mis lágrimas. Pero he viajado, y he visto tantos sufrimientos más desgarradores que los míos, he tocado tantas llegas más horribles y dolorosas que las nuestras, que en el fondo de mi sér, de mi amargado sér, ha podido levantarse el sentimiento de la comiseración y la piedad. Y he amado a los pobres, a los humildes, a los oprimidos, y he soñado, para ellos, con reparaciones y encumbramientos prodigiosos.... Hoy me hallo entre los míos, en el seno de los más desgraciados de los míos, y es natural que les diga: En mí tenéis un nuevo hermano... Sí: contad conmigo, por poco que yo valga. El momento es oportuno para que preparéis la presentación de vuestras grandes reclamaciones. El pueblo cubano está levantado en masa contra una tiranía que con razón juzga extranjera, y la tiene ya

vencida, aunque a costa de sacrificios que parecerán inauditos a la posteridad. Pero no se concibe que tales sacrificios se hagan por librar a Cuba de la injusticia española, si ha de seguir imperando en ella la injusticia cubana; si una parte del pueblo—la más considerable—ha de continuar allí en un estado de inferioridad social, equivalente a la antigua servidumbre. ¡No! Si el amor a la libertad ha unido a los cubanos de todas las clases y los ha impelido a derramar juntos su sangre en los campos de batalla y sus lágrimas en los calabozos y el destierro, es preciso intentar que el amor a la justicia también los una para derribar de buen grado las barreras sociales que el espíritu explotador alzó entre ellos...

Por desgracia, los intereses bastardos se opondrán a la reparación y la concordia, y habrá que combatir, habrá que conquistar lenta y penosamente, por ascensión gradual, ese nivel superior en que hoy se encuentran colocados los menos, y en que todos deberíamos hallarnos, para disfrutar, por igual, de toda la consideración y de todo el precio que merezcan nuestros trabajos, que son servicios a la comunidad. Precisamente en previsión de esa lucha y porque nada pudiera sernos tan perjudicial como no entrar en ella desde el primer instante, cuando empiece a rehacerse la nueva sociedad cubana, os he dicho y os repito que conviene prepararnos, para que, desde ese primer

minuto mismo, al ponerse manos a la obra, se nos vea aparecer organizados y—quiérase o no—se cuente con nosotros.

Pronto —según parece —podremos ir a tomar posesión de nuestra patria. ¡Ojalá que esa Cuba, que ha asombrado al mundo por su heroísmo, lo asombre también después por su equidad! ¡Ojalá que, apenas entrada en el concierto de los pueblos libres, se ponga—así pequeña como es—a la cabeza de todos, por haberse adelantado al porvenir, inaugurando, bajo su puro cielo, el reinado todavía ideal de la justicia! ¡Qué gloria para su nombre, como Nación! ¡Y qué ventura para ella, como madre, poder repartir, al fin, entre sus hijos todos, y con largueza igual, los dones inagotables de su riqueza portentosa! Merecería algo que vale más que el aplauso—¡las bendiciones de la humanidad!

He dicho.

LA SOCIEDAD CUBANA

(Conferencia dada en San Carlos, Cayo Hueso, el 10 de Octubre de 1897).

En mi primera conferencia traté, queridos compatriotas, de que nos diésemos alguna cuenta de lo que va a pasar en Cuba, al siguiente día de la ya próxima evacuación de la Isla por los españoles. Entrevimos el arduo problema de la reconstrucción; bosquejamos, por inferencia racional, la fisonomía de los dos partidos políticos que surgirán desde el primer momento, y establecimos, de una manera que se nos antoja irrefragable, la necesidad imperiosa y urgente de que las clases trabajadoras cubanas se constituyan también en partido de combate, con carácter resueltamente socialista.

Como quiero dar a estas conferencias, a defecto de méritos que no han de recibir de mí, siquiera las modestas cualidades de claridad y de ilación, paréceme que, después de haber probado que es menester entrar en lucha, lo que más nos importa es conocer el terreno en que esa lucha ha de librarse y el enemigo con quien hemos de chocar. El estudio, pues, de

la sociedad cubana se impone, ya que en su seno y contra una buena parte de ella se habrá de combatir.

Ese estudio nos es de todo punto indispensable, pues os confieso que nunca he visto sociedad más desconocida de sus propios miembros que la nuestra, de modo que, si entráramos en la lucha sin otro conocimiento acerca de nuestras clases que el que revelan las afirmaciones gratuitas y las prevenciones recelosas que de muchos labios a diario se desprenden, perderíamos la pólvora dirigiendo tiros a fantasmas, cuando el verdadero enemigo es otro y hay que buscarlo en distinta dirección.

Emprendamos el análisis fríamente, y si de él resulta que debemos hacer grandes rectificaciones, hagámoslas sin tardanza y por entero. Bien sé que cuesta abandonar ideas—aunque sean prejuicios—que han penetrado en nosotros hasta el extremo de constituir nuestra habitual manera de sentir y de pensar; pero no seríamos un pueblo serio ni estaríamos a la altura de la misión que vamos a darnos de reformar la sociedad en que vivimos, si nos resistiésemos al mezquino sacrificio de despojarnos de simples preocupaciones, después de reconocidas como tales. Los pueblos nerviosos, que como el maniaco han menester una tema para vivir, vivan enhorabuena con su tema; pero no se metan a reformadores. El reformador ha de empezar por la reforma de sí mismo.

En el fonde y bien mirada, la sociedad cubana es casi informe: dijérase que está en embrión. Nada de esa formidable organización de las viejas sociedades europeas y asiáticas, que consiste en diversas capas sólidas—las castas—que van superponiéndose como en nueva jerarquía, sin confundirse, sin cruzarse siquiera, pesando la superior sobre las inferiores y aplastando todas juntas, por supuesto, a la última de abajo. ¡Ponderoso edificio construído sobre las espaldas del miserable pueblo! Nuestra sociedad no ha llegado a ser eso, por fortuna. No puede verse en ella, hoy por hoy, sino un simple conjunto de elementos, no cristalizados todavía; elementos que no son contrarios, ni siquiera muy disímiles y que, sin fijeza aún, muévense como llevados de un mismo blando impulso en idéntico sentido, mezclándose por sus bordes hasta el punto de que fuera difícil trazar entre ellos líneas muy visibles de separación. Con tales elementos y en tal estado ¿sería locura nuestra aspirar a obtener la homogeneidad perfecta de la masa y a establecer un organismo basado en la igualdad?—No lo creemos. Para explicarnos el dichoso fenómeno de nuestra vaguedad social presente, consideremos nuestro origen, que data de ayer y es totalmente plebeyo, y pensemos además que nuestra sociedad entera, desde su formación, ha vivido siempre bajo la presión del despotismo de España, que la ha mal-

tratado por igual en todos sus componentes, razón por la cual ninguno de éstos ha podido desarrollarse ni salirse mucho del nivel común, ni abrigar por tanto más ambición que la general de sacudir el yugo agobiador. De suerte que esa opresión española nos ha hecho—¡quién lo creyera!—un beneficio, pues le dió a la total familia cubana un alma sola, despertando, por el carácter común de los agravios inferidos, la comunidad de sentimientos y de ideas. Una sola de las partes de nuestra sociedad, la más distinta, la más desgraciada, la raza de color, estuvo, por su condición de raza esclavizada, en un estado de decidida y enorme inferioridad con respecto a las demás. Pero al siguiente día de su emancipación —y aun antes de ella, para ser más juntos—se vió a la raza entrar por sí misma y con perfecta naturalidad en la gran corriente del espíritu cubano. Y es que la raza de color es ya cubana, por las mismas razones que para serlo pueda presentar la raza blanca. Oriundo de Africa, el individuo de color ha sufrido en Cuba las mismas modificaciones que el individuo blanco, oriundo de España—que ha sido Africa también. Procedentes uno y otro de pueblos bárbaros y semi-bárbaros, incultos y feroces, han ido perdiendo, en el dulcísimo ambiente cubano, la aspereza primitiva, se han afinado, se han humanizado, y ya el criollo de color dista tanto de su salvaje abuelo el africano, como dista el

criollo blanco de su inhumano abuelo el español.

Hay, pues, en el fondo de nuestra sociedad—y a despecho de diferencias superficiales que otro día estudiaremos—un gran espíritu común, creado en la desgracia; espíritu que los cubanos todos hemos alimentado incesante y cariñosamente: el moralista, con su llamamiento a la dormida dignidad; el naturalista, con la investigación de nuestras aptitudes y recursos propios; el historiador, con la desnuda narración del horror de la conquista y del gobierno colonial; el poeta, con sus cantos quejumbrosos o inflamados; el profesor, con los clásicos ejemplos de la virilidad antigua, y hasta el guajiro, con sus décimas, que son la exaltación de Cuba y que, al vibrar en el silencio de la noche, parecen la errabunda voz del indio desaparecido;—espíritu poderoso, que al fin nos ha traído, en movimiento unánime, a la acción y al sacrificio.

Y yo os pregunto ahora, queridos compatriotas: dadas las reinvindicaciones que debemos intentar ¿no es gran ventaja poder producirlas en el seno de una sociedad como la nuestra, no construída en forma de jerarquía, sin castas hostiles ni recelosas, que teman caer derrumbadas al menor sacudimiento que se desate abajo? ¿No es ya motivo de esperanzas justas saber que lucharemos, no contra toda una sociedad ni contra alguna clase entera de ella. sino contra sim-

ples grupos de individuos de diversas procedencias, hasta de procedencia obrera, que se han enriquecido por la explotación del trabajador humilde y que no se resignarán a dejar de explotarlo en adelante?

¡Qué no daría el obrero europeo por hallarse en nuestras condiciones! Allí si es verdad que el porvenir asoma como negro nublado tempestuoso, y que, a pesar de la cordura que no cesa de predicársele a las masas, acaso tenga que apelarse en más de un país a la revolución sangrienta.

¡Oh, qué sociedades aquéllas! ¡qué formidable petrificación del pasado, oculta bajo el tenue y brillante velo de la civilización moderna! ¡Cómo, por encima del maravilloso conjunto de las monumentales creaciones del progreso, se yerguen, dominantes todavía, el palacio sombrío y la siniestra catedral!

Nada puede alentarnos tanto como la comparación de los esfuerzos que habrán de hacer, para redimirse, el obrero cubano y el obrero europeo. Intentémosla. Y para que no se diga que alejamos de propósito los términos de dicha comparación, escojamos, entre las sociedades de Europa, aquélla de más revolucionario espíritu y que se encuentra en la condición favorable de tener por forma de gobierno la república: tomemos la sociedad francesa.

Y procedamos al análisis. Según veremos, es la francesa una república especial, que acaso provoque sonrisas

desdeñosas, acaso merezca al fin nuestro respeto. Ved el medio ingrato, la sociedad en cuyo seno está luchando por vivir. Arriba y en primera línea, figura la gran nobleza antigua, la que ha venido creándose desde San Luis hasta Luis XVI, clase bastante rica todavía, pero ya sin poder efectivo en la Nación, muy unida en su retraimiento y más soberbia y despreciativa que nunca. Es en su mayor parte católica, toda entera monárquica y sigue, como siempre, llamando al pueblo: *la canalla.* Al lado de esta nobleza del antiguo régimen, y sin mezclarse mucho con ella está la flamante nobleza napoleónica, creada para su uso por el gran guerrero, cuando al siguiente día de verse emperador, notó que no tenía corte, pues toda la nobleza de Francia estaba en el extranjero con sus destronados príncipes. Entonces Napoleón, que no se paraba en pequeñeces, echó mano de sus soldados y, en un santiamén, se fabricó toda una escala de barones, condes, marqueses, duques y príncipes, dándoles nombres sonoros y sonantes rentas. Esta nobleza subsiste, es casi toda imperialista y presume de liberal; no llama al pueblo "canalla", pero se sospecha que piensa que lo es. Entre estas dos noblezas, en la misma línea, allá arriba, apoyándose en ellas y apoyándolas, está el alto clero, gran poder, rencoroso, agresivo, implacable, que sabe Dios a dónde habría llegado en su odio a la república, si el mismo Papa, temeroso de las

represalias, no lo hubiera severamente refrenado. Este poder no insulta al pueblo, pero tampoco lo ama: se ciñe a predicarle, desde lejos, la mansedumbre y la eterna sumisión al trono y al altar. Debajo de esta capa superior, se extiende la maciza y potente clase media, la intratable *burguesía,* enemigo el más inmediato y feroz de la masa proletaria. Divídese en dos partes...—¡ oh ! en Europa se hila muy delgado: allí todo es división y subdivisión, y las líneas deslindantes tienen la inflexibilidad de la etiqueta.—La parte más pequeña y escogida llámase "alta burguesía" y comprende a los fuertes manejadores de oro—banqueros, grandes industriales, grandes propietarios,—tiene influencia real en la política, entra en casi todos los salones y muestra su amor al pueblo en obras de caridad, que ejecuta al son de campanillas. La otra parte, la mayor, la simple burguesía, abarca la incontable muchedumbre de industriales menores, de comerciantes, de hacendados, de propietarios y, además, a todos los que ejercen profesiones liberales: abogados, médicos, ingenieros, etc. Es en considerable mayoría, egoísta, dura, recelosa; no quiere al pueblo, de donde ha salido, y explota sin piedad al trabajador, en su afán de hacer caudal con pocos medios. Debajo de esta burguesía, que es hija de la gran revolución francesa y es la porción de la sociedad que más se aprovecha de las conquistas que aquélla realizó, lo que no impide

que sea también la que más la desconoce, está la clase popular, están las tristes masas, que trabajan hoy como en los siglos anteriores, de sol a sol, cual si no hubiera habido un 93; que moran en tugurios, visten de lo más burdo, comen de lo más barato, y que, al levantar la cabeza, cuando la levantan, para enjugar el sudor o sacudir las preocupaciones, ven, como en un sueño, allá, en las alturas afortunadas, coches lujosísimos que pasan, palacios que resplandecen, y perciben un rumor extraño, desconocido, en que parece haber acordes de músicas que se disipan, retintín de cristalería que choca, crujidos de sedas que se estrujan y chasquidos de besos que se entrecortan... Y vuelven a bajar la frente, ya más sombría, sobre la tarea esclavizadora o bajo el peso de malos pensamientos... Esta clase popular, como todo en Francia, también se subdivide: hay la clase propiamente obrera, la más considerada, que trabaja en empresas al aire libre y en talleres y hasta debajo de la tierra; viene después la domesticidad, que comprende a los que prestan servicios directamente personales: cocheros, jardineros, porteros, criados de casas particulares y de establecimientos públicos, mozos de fondas y de cafés, etc. Y por último está lo que se llama populacho, compuesto de los vagabundos, de los borrachos sempiternos, de los gitanos, de los pordioseros, de todos los que se han sustraído a la ley del trabajo

y viven a la buena de Dios, como los pájaros. Esta última clase lleva siempre la policía pegada a los talones.

En la sociedad francesa, así constituída, está realizando la república una vasta obra de democratización; pero no sabría yo pintaros las dificultades con que tropieza, hijas en su mayor parte del carácter nacional, amigo de distinciones y vanidoso hasta la puerilidad. No hay francés, por ejemplo, que no sueñe con llevar algún día en el ojal de la levita, y aun de la blusa, el cintajo de la Legión de Honor, y se vuelve loco por vestir un uniforme, sea de académico o de cochero. ¡Pobre república! su simple existencia ha sido, más de una vez, problema que ha habido que resolver a fuerza de concesiones o de actos dolorosos de energía. Las reacciones están en acecho, y hay que vivir ojo avizor, como en un campamento abierto a las sorpresas. Cuando en 1870 fundóse la república, creyó el pueblo liberal francés que los fundadores le darían un espíritu radical, capaz de revolver hondamente aquella sociedad, estancada en la tradición y la rutina, y se esperó que así fuera con tanta más razón cuanto que el principal de sus autores, Gambetta, era por excelencia radical. Pero Gambetta, gran político a la vez que gran patriota, comprendió que la primera condición para el establecimiento de la república era no asustar a las clases conservadoras, omnipotentes en

Francia, atrayéndolas por la moderación. Comenzó, pues, aquella política que se ha llamado oportunismo, que intentó imitar luego en España Castelar; pero como entre España y Francia media la distancia misma que mediaba entre Castelar y Gambetta, es decir, la de mono a hombre, el *posibilismo* del primero murió ahogado, en España, entre las faldas de la monarquía, mientras el oportunismo del segundo ha salvado en Francia la república. Gambetta rehusó el poder, e hizo que se eligiese para la presidencia a Thiers, antiguo monárquico, pero sinceramente liberal, gran patriota además, a quien se debía la evacuación anticipada del territorio ocupado por Alemania, como garantía del pago de la indemnización, y que era por añadidura uno de los talentos más preclaros de la época. Terminado el período de Thiers y firme en su propósito de no alarmar y de contemporizar, hizo Gambetta que subiese a la presidencia Mac-Mahón, monárquico también, militar, reaccionario y de ordinaria inteligencia, pero hombre de gran prestigio en aquellos días, por su noble conducta en la pasada guerra. El eminente político republicano sabía esperar, y así, esperando, lo sorprendió la muerte, una muerte trágica, misteriosa y hondamente lamentable. Pero sus sacrificios fueron fecundos, pues la medrosa burguesía, nervio de la nación, fué aceptando poco a poco el nuevo régimen, y es al fin republicana, aunque a su

manera. Donde ningún efecto produjeron los sacrificios de Gambetta, fué en las altas regiones del clero y de la nobleza. En vano, para apaciguar a clérigos y nobles, se despojó a la República de muchos de sus bellos atributos, en vano imprimiósele ese carácter tímido y complaciente, que tantas veces ha indignado a los republicanos verdaderos. Es más—y esto es gravísimo, porque entra ya en el terreno de los sentimientos superiores, porque se trata ya de patriotismo—en vano, digo, esa tímida república, que supo sin embargo ser una gran administradora, salvó a Francia de la ocupación extranjera, anticipándose a pagar la enorme indemnización que le impuso el enemigo; en vano restañó en seguida, y con habilidad sin par, las horrendas heridas de la pasada guerra, en vano rehizo el ejército en tal número y con organización tan formidable, que el alemán ha quedado pensativo y receloso; en vano ha explotado tan sabiamente los recursos de su privilegiado suelo, que ha convertido a Francia en una de las más ricas y florecientes naciones del mundo; en vano ha rehecho también y ha ennoblecido aquella sociedad que corrompió el segundo Imperio, y de aquel desastre de 1870, en que pareció que quedaba hundida para siempre la nacionalidad, ha sacado ese pueblo sobrio y laborioso, robusto y hábil, que asombró al extranjero en las Exposiciones de 1878 y 1889 con las incomparables mues-

tras de su capacidad universal y de su gusto único: pueblo regenerado y fuerte, que sabrá reconquistar en su día la Alsacia y la Lorena... Todo en vano: nobleza y clero permanecen, retraídos y coléricos, en el fondo de sus palacios cerrados, ajenos a la vida nacional, sin participar de sus esperanzas e inquietudes, de sus penas y alegrías, ni de sus mismas glorias, soñando en restauraciones imposibles, ciegos y sordos a las señales de los tiempos, que marcan el advenimiento incontrastable de la democracia. ¡Qué irritante soberbia y qué rencor villano! Un día el insolente Cassagnac bautizó en su periódico a la República con el nombre de "la gueuse", es decir, la pordiosera, la bribona. Sonó un aplauso en los palacios de los nobles y en las viviendas de los curas: ya tenían vocablo con que nombrar a la execrada. Y de la boca del prelado, hecha para perdonar y bendecir; de los labios de la marquesa, formados para murmurar palabras finas, salía silbando como saeta el grosero apóstrofe: *¡bribona!* Nada es capaz de humanizar a esos hijos de la vanidad y del orgullo; seguirán mostrándose incorregibles hasta el día, inevitable acaso y no lejano, en que la bribona no sepa sufrir más y con su plebeya mano los aplaste.

Me he detenido bastante, amigos míos, en el bosquejo del cuadro de la sociedad francesa, porque creo que, de su comparación con la nuestra, han de nacer, como he dicho, para noso-

tros, halagüeñas esperanzas. De tal comparación resalta como verdad indiscutible, si no me engaño, que así en lo social como en lo político, el obrero cubano se encuentra, para formular y sostener sus reclamaciones especiales, en una posición que el francés envidiaría. ¿Dónde están, entre nosotros, esas clases que se dividen y subdividen por secciones secas, encerradas en el cerco de sus preocupaciones particulares como en inexpugnable fortaleza, con ideales distintos y distintos sentimientos, con intereses contrarios; clases que viven recelando unas de otras y pueden tener choques sangrientos, como los han tenido en el pasado? ¿Podría yo intentar, para definir mi propia sociedad, una clasificación semejante a la que yo—extranjero en Francia—he podido hacer, como habéis visto, para definir la sociedad francesa; clasificación tan rigurosa que—a excepción del ejército, que allí es hoy institución aparte—no ha quedado un solo individuo fuera de ella? ¿Dónde, en Cuba, concluye el pueblo y principia la clase media? ¿Dónde termina ésta y comienza la superior? ¿Tenemos nobleza de verdad, o simplemente tres docenas de marqueses y condes de opereta? ¿Qué alto ni bajo clero se liga en Cuba a esos señores *nobles*, para contrarrestar la invasión de las ideas liberales? ¿Quiénes componen nuestra grande y nuestra pequeña burguesía? ¿Somos, en fin, otra cosa sino pueblo, y pueblo, y pueblo, de

plebeyísimo origen y plebeyísimas costumbres, con unas cuantas familias ricas, más o menos cultas y educadas?

Pero todavía hay algo de más precio para nosotros que esa feliz uniformidad exterior de la sociedad cubana, y es la independencia absoluta de que goza nuestro espíritu, libre de ese cúmulo de preocupaciones que el pasado engendró en otras partes y que la tradición consagra y perpetúa. Es inconsmensurable el poder despótico que ejerce el tradicionalismo en las viejas sociedades europeas, cayendo como un yugo más sobre los pobres cuellos, que tantas tiranías mantienen doblegados. Como si la vida no fuese de suyo harto difícil, entorpécenla más, allí, incontables hábitos y prácticas, sin otra razón de ser que porque vienen del pasado, pequeñeces que la rutina impone y contra las cuales ¡ay del espíritu que ose protestar! Voy a referiros un hecho que presencié en París, capital intelectual del mundo, y que a nosotros, cubanos atrasados, va a parecernos increíble. Es allí tradicional que los hombres comprendidos en la domesticidad—cocheros, criados, mozos de fonda y de café etc.—no lleven bigote. No hay ley escrita para eso, ni por tanto sanción penal que amenace al contraventor, y sin embargo, desde los tiempos del rey que rabió no ha habido, de generación en generación, sirviente francés que haya osado dejarse crecer esos pelos de la cara. Ha sido preciso llegar a estos días de anarquismo y

de explosiones dinamíteras, para que en el recalentado cerebro de quince o veinte mozos de café surgiera la varonil resolución de no atentar más contra ese adorno varonil. Convocaron a todos los del gremio para tomar el acuerdo temerario; mas ¡ay! no hubo otro acuerdo que el de seguir acatando la veneranda tradición. Los quince o veinte valientes determinaron entonces obrar por cuenta personal, la cosa hízose pública y hasta una parte de la prensa los alentó en su designio enérgico, tan propio de una sociedad republicana. Dejáronse, pues, los mozos el bigote y se fueron a sus puestos de servicio, en sus respectivos establecimientos. Pero el público—ese público compuesto de todo el mundo, del rico y del pobre, del noble y del plebeyo, del ilustrado y del ignorante—sintió como que lo afrentaban, como que le faltaban al respeto, se irritó, y escandalizado de que se atrevieran a servirlo hombres que no se habían afeitado previamente, abandonó y dejó desiertos los cafés. Los dueños de esos establecimientos, como es natural, se alarmaron, y dirigiéndose a sus mozos, los pusieron en la forzosa de afeitarse o de marcharse. ¿Qué podían hacer los infelices sirvientes, ante la perspectiva del hambre? Miráronse tristemente, fuéronse a sus habitaciones, sacaron las navajas, que no habían tenido tiempo de oxidarse, y... reaparecieron en los salones del café con la cara fresquecita, sin pelos y con polvos. ¡La tra-

dición quedaba en pie, la sociedad se había salvado!

Digan nuestros obreros si en Cuba son, no ya posibles, pero ni concebibles, hechos semejantes. Por fortuna no: si nuestra organización social carece de tabiques y encajonamientos, nuestra mente no presenta esas canalizaciones artificiales, ahondadas por los siglos y en las cuales se arrastra aprisionado el pensamiento. No hay trabas caprichosas fuera ni dentro de nosotros. ¿Qué condición mejor para realizar cosas enteramente razonables?

Voy a terminar, queridos compatriotas. De mi análisis, aunque somero y rapidísimo, se desprenden, a no engañarme mucho, conclusiones que son para regocijarnos. Podremos, ante todo, fundar, sin resistencia alguna, una república francamente liberal, que no tenga, como la francesa, que desfigurarse y empequeñecerse para no asustar a nadie ni que deba comprar cada día su derecho a la existencia con concesiones a veces irritantes. Podremos también, desde el primer minuto, establecer, de un modo enteramente natural, la igualdad, no sólo ante la ley, sino social, que es la única que despierta y mantiene la fraternidad entre los hombres. Y podremos luego, en nuestra calidad de trabajadores menesterosos de justicia, producir nuestras reclamaciones, en la seguridad de que no encontrarán resistencias de carácter tradicionalista, ni que provengan del espíritu de

casta, ni de toda una organización secular, creada en virtud de injustos privilegios, sino pura y sencillamente las que opongan unos pocos intereses particulares que se verán amenazados, intereses no muy considerables, y menos respetables todavía.

Cuanto a esa igualdad social, tan preciosa para el pueblo y base la más sólida de las buenas repúblicas, repito que ya existe virtualmente en nuestra sociedad, en cuyo seno no hay más desigualdades que las ligeras que proceden de diferencias de educación y de cultura. Irremediables y legítimas por naturales, estas diferencias existirán siempre, sin originar separaciones ni alejamientos absolutos, puesto que cada ciudadano puede hacerlas desaparecer para sí mismo, con sólo educarse e ilustrarse. Pero es tan importante esta materia de la educación en nuestra sociedad, forzosamente democrática, que su examen será el asunto de mi conferencia próxima.

Separemonos hoy, mis buenos amigos, con sonrisas de satisfacción en el semblante. No hay más sinsabores ni peligros, para el cubano, que los del presente, inevitables en la hora de la lucha. Pero el porvenir, que exigirá de todos una labor titánica, la facilitará al mismo tiempo, no suscitando obstáculos de ninguna especie, pues será la nueva Cuba, como ya he dicho, campo perfectamente preparado, en que podremos sembrar granos de bendición, que nos produzcan cosechas de felicidad.

He dicho.

LA CAPACIDAD CUBANA

(Conferencia dada en San Carlos, Cayo Hueso, el 24 de Octubre de 1897).

No sé si voy logrando, queridos compatriotas, que estos ligeros estudios, que os presento cada domingo, toquen los aspectos principales de nuestra sociedad, de modo que podamos hacernos de ella una idea bastante aproximada. Mi deseo sería poder trazaros un cuadro tal, que os fuese dable, sin más esfuerzo que levantar los ojos, ver, en sus proporciones y con el relieve y colorido de la vida, animarse las masas y figuras, asomar los caracteres en los rostros y hasta desprenderse del conjunto ese sentido íntimo que esconde cada colectividad y es como su alma. Pero la habilidad me falta y tengo que ceñirme a daros meros apuntes para que vosotros mismos alcéis en la imaginación el cuadro. Hoy examinaremos nuestra capacidad intelectual y las condiciones de carácter que para el trabajo poseamos; y en previsión de que el juicio definitivo haya de ser favorable, me apresuro a manifes-

tar que también será sincero, porque no vengo aquí a halagar deliberadamente el amor propio ni creo pueda servirse a la patria, en esta hora crítica, sino con la verdad escueta, dulce o amarga, indicando con franqueza igual la virtud que podemos utilizar y el vicio de que debemos corregirnos. Pruebas pienso haberos dado—en mi anterior estudio, por ejemplo—de que sé sacar sin vacilación a luz nuestras flaquezas. Acoged, pues, sin prevención mis afirmaciones halagüeñas—cuando las haga—por ser de un hombre que, humilde y todo, no ha nacido para cortesano.

Pero antes de entrar en materia, acaso convenga expresar que no olvido nuestro objeto capital: el socialismo. Presente ha estado en mi memoria al pronunciar cada una de las palabras que hasta ahora he tenido el gusto de dirigiros, y de seguro habéis observado ya que todos mis estudios están hechos desde el punto de vista exclusivamente obrero. Ya estamos haciendo socialismo, y haciéndolo como debe hacerse, con riguroso método científico, comenzando por el análisis de nuestro estado social presente, averiguando cuáles son nuestras fuerzas y recursos para la lucha e inquiriendo las condiciones de vida que nos harán los trascendentales acontecimientos que en nuestra tierra se están desarrollando. Nuestra situación, además—y esto hay que preverlo también—se complica de modo grave, desde el momento en que a las preocupa-

ciones del obrero por su porvenir particular se juntan las preocupacianes del cubano por el povenir de Cuba. El problema social y el problema político se encuentran en la misma ruta, y hay que hacerlos andar de frente, sin que recíprocamente se entorpezcan. Porque el socialista cubano debe ser patriota y mostrarse, en lo político, resueltamente liberal, a diferencia del socialista europeo que, por ser tan dura la tiranía del patronato a que está sujeto, suele mirar toda otra tiranía como cosa secundaria. Continuemos así nuestros estudios preparatorios, para abordar luego con más tino la cuestión principal y proceder con mayores luces a la organización—en su día—del partido socialista y a la redacción de su programa de combate. Y entremos en el asunto de la conferencia de hoy: la capacidad cubana.

Bien pudiera aducir, como demostración sintética y concluyente de nuestra capacidad, el grado de cultura que alcanzamos y nos coloca entre los pueblos más avanzados de la América latina, así como también el desarrollo del trabajo y de la industria en nuestra hermosa Antilla, renombrada en todo tiempo por su prosperidad—cultura y prosperidad debidas únicamente al esfuerzo tenaz de nuestro pueblo, pues la dominación española, lejos de alentarlas, las contrarrestó, oponiéndose deliberadamente a la primera y agobiando la segunda con exacciones insensatas. Espa-

ña nunca ha visto en sus colonias hijas que educar, sino factorías que explotar hasta el agotamiento. En los abrumadores presupuestos de Cuba son realmente irrisorias las sumas destinadas al fomento de la instrucción y de las obras públicas; y la iniciativa individual ha tropezado siempre allí con algún obstáculo levantado por esos gobiernos suspicaces o torpemente codiciosos. Objeto de persecución fueron en toda época nuestros hombres superiores, y nuestra producción, nuestro comercio y nuestro bienestar económico han sufrido incesantemente los ataques arbitrarios e inmoderados del Fisco y las limitaciones que les ha impuesto el interés privilegiado de la producción de la metrópoli. Dígase, pues, si con tratamiento semejante no delatan admirable capacidad la antigua riqueza y la cultura del cubano... Pero cumple mejor a mi propósito examinar de cerca, y una por una, nuestras condiciones intelectuales y morales.

Se ha dicho que el hijo de las islas es más despierto y vivo que el hijo de los continentes, y se intenta explicar el fenómeno por el hecho de estar las islas en medio del mar, al paso de las comunicaciones de los pueblos, recibiendo por esa circunstancia ideas de todas partes, ideas diferentes que solicitan el espíritu y le dan al cabo mucha libertad, amplitud y armonía. Ello es que en América se encontraría una confirmación más del fenómeno observado, porque el pueblo

de Cuba es indiscutiblemente más vivo y despierto que los demás pueblos latino-americanos, no obstante la identidad de origen y de historia. La vivacidad y la soltura del cubano resalta—he podido notarlo veces infinitas—en cualquier círculo de hispano-americanos. El peruano se le acerca por la gracia, el argentino y el chileno lo superan en aplomo, el colombiano lo vence en cultura clásica y en ingenio y chiste literarios; pero éstos y los otros pueblos de la raza se le quedan muy atrás en la despreocupación del espíritu, en el desenfado del carácter y en esa facultad de asimilación, que en el cubano es extraordinaria. El cubano se aclimata en todas las latitudes, se adapta a todas las costumbres y se hace a todas las situaciones, sin perder casi nunca—eso no—su agudeza y su alegría ingénitas. Un cubano, en nuestros días, ha estado en la región del polo; otro, en fronteras de México, hízose temible, combatiendo y cazando indios; hace poco, allá en el Perú, ha muerto en un combate Pacheco, que era general y un prohombre en la política del país; he conocido en Europa a dos, uno domador de fieras y otro agregado como músico a una familia de gitanos ambulantes; nuestro demagogo Tarrida se crea una personalidad entre los demoledores europeos, y los dos Heredia que residen en Francia se han identificado de tal modo con aquella nación, que el uno ha sido Ministro de la República y el otro ha

podido ser recibido en la Academia.

La despreocupación de espíritu del cubano, signo, para mí, de inteligencia, como veremos luego, es también una condición preciosa, que nos librará de una de las mayores desventuras que pesan sobre los otros pueblos de la América latina. Esa despreocupación se muestra, en efecto y sobre todo, en materia religiosa. No hay fanatismo religioso en nuestra Cuba, apenas si hay fe, y la Iglesia Católica, esa ambiciosa insaciable, esa dominadora terrible, no tiene por dónde agarrarnos para someternos a su yugo. No hay, pues, que temer que en lo futuro la Iglesia, apoyada por una clase culta, llena de soberbia y vanidad, y seguida de masas fanáticas perturbe, como en México un día, la paz a su antojo y aspire, como allí aspiró, a imponerle al país, a la patria, el oprobioso cetro de un príncipe extranjero. Ni que el cura sea quien en realidad dirija, desde el confesonario y muy callando, a la sociedad entera, como en las pequeñas repúblicas de la América Central. Ni que impere, no ya desde el confesonario, sino en el gobierno mismo, no ya a la sordina, sino descarada y escandalosamente, como en la infeliz Colombia, donde hechuras de sacristía como el doctor Núñez, ayer, y hoy el señor Caro, su continuador, resucitaron y mantienen viva durante largos años —que no se sabe cuándo acabarán— la peor época de la dominación española, al extremo de que los colombia-

nos liberales están huyendo de la república que sus padres les hicieron. Ni hay que temer que entre nosotros se reproduzca el vergonzoso espectáculo que hasta hace poco ha dado el Ecuador—y hay sospechas de que volverá a darlo—de la mansa y ciega sumisión de un pueblo en masa a la tiranía de la Iglesia, en grado tal que la nación era como un convento que se rige por toques de campana. Ni que haya que luchar en fin a cada rato, como en los demás países de Sur-América, con la Iglesia Católica, siempre que se intente dar un paso en la vía del progreso.

Como veis, es una superioridad decidida y envidiable que tenemos sobre nuestros hermanos del Continente, sujetos en gran parte todavía por la peor de las cadenas, por la que ata la conciencia, que es atar la misma voluntad: el esclavo antiguo podía conservar el pensamiento libre; pero el verdadero católico es enteramente, en cuerpo y alma, una simple cosa de la Iglesia. Esta ventaja la debemos, como he dicho, a nuestra despreocupación, que es hija de nuestra inteligencia. La Iglesia no ha podido hacernos aceptar sus dogmas confusos e inútiles, sus milagros absurdos ni sus supersticiones pueriles. Nuestra razón los ha rechazado con un encogimiento de hombros y ha visto, penetrando hasta el fondo de las sagradas intenciones, que si la Iglesia ofrece un cielo, es para asegurarse la conquista de la tierra.

Pero prosigamos el examen de la inteligencia cubana y apreciémosla en otras manifestaciones. El hombre de campo suele ser en otros puntos la parte menos inteligente de la sociedad, como si su aislamiento entre lo inerte y su contacto con el bruto lo rebajasen mentalmente. Recordad a los campesinos españoles, que nos llegan a Cuba con el uniforme del soldado. ¡Qué caras esas, tan toscas e inexpresivas! Por rareza se encuentra en alguna de ellas un destello intelectual. ¡Qué diferencia entre ese obtuso palurdo y el guajiro cubano, esbelto, ágil, de facciones acentuadas y expresivas, casi tan finas como las del resto de la raza! Es ignorante, sí; pero esa desconfianza que lo caracteriza en su trato con el hombre de la ciudad, prueba su natural inteligencia, que le permite conocer la superioridad del otro y le aconseja que se ponga en guardia. Entonces, cuando está en tratos con el ciudadano, empieza a emplear otra cualidad que le es también característica y es asimismo intelectual—la astucia. En el diálogo que se entabla, el guajiro es, a juzgar por su aire de víctima, la parte débil, que apenas acierta a contestar las preguntas que se le hacen sino con otras preguntas, o con especies que no vienen a cuento y que van exasperando al interlocutor, que al fin se aleja echando pestes de la imbecilidad de los guajiros. Y el guajiro se aleja también, pero sonriendo... y sabiendo para qué lo quería

el ciudadano. Tienen nuestros campesinos mucha sociabilidad entre ellos, júntanse con frecuencia para divertirse, y la conversación se anima, y el chiste salta, casi siempre de buen género, y el amor y la galantería cuentan allí con fervorosos practicantes, como en el salón de la ciudad, no siendo rara, en los galanteos, la caballeresca consecuencia de un duelo al machete entre rivales, duelo llevado a cabo en toda regla. En tales reuniones se canta siempre, y a las décimas conocidas siguen las improvisadas, defectuosas por supuesto, a veces un puro desatino; pero espontáneas, abundantes, armoniosas y de tiempo en tiempo agudas.

Si el campesino es de suyo inteligente, lo es más todavía el obrero en la ciudad. Su ignorancia es ya menor, ha recibido regularmente la instrucción elemental y aun alguno ha logrado extenderla con estudios particulares y lecturas. Y como su roce social es también mayor, nuestro obrero puede suplir en cierto modo la falta de la educación escolar completa con esa otra preciosa educación que va dando lentamente el trato de los hombres. El obrero es vivo, y cuando la clase de ocupación se lo permite, mientras las manos se mueven la lengua no está quieta, y el taller se convierte en campo de batalla en que las bromas, cargadas a veces de dinamita, cruzan el aire como bombas que van a esta-

llar sobre determinadas mesas de trabajo. A las bromas suceden, o mejor dicho las bromas se mezclan a cada rato con discusiones sobre todos los asuntos imaginables, porque nuestro obrero nació discutidor; y si en tales discusiones puede fácilmente abvertirse la carencia de nociones exactas, nótase casi siempre buena suma de lógica y un ingenio que sorprende, terminándose todas, invariablemente, no por un disgusto, sino por una *guasa* general. El obrero nuestro posee un tino especial para poner apodos y es maestro consumado en ese arte cubanísimo del *choteo*—páseseme la expresión—que consiste en echar a perder la cosa más seria a fuerza de burlitas muy finas, muy amables y soberanamente irrespetuosas.

De todas estas cualidades de que vengo hablando, participan asimismo, naturalmente, nuestros cubanos de color. También se nota en ellos, como hijos de isla, mayor vivacidad de inteligencia y mayor soltura de carácter que en los hijos de la raza nacidos en el continente. Nuestro cubano de color es de todo punto apto para recibir cualquier cultura, y ahora, cuando todavía no ha podido educarse en la extensión con que lo hará mañana en la patria libre, ahora es ya razonador, verboso, y—cosa que me halaga profundamente, porque me demuestra que ya él no se siente excluído de la humanidad — habla con sincero amor de los mismos grandes ideales que hoy a todos los hombres nos son-

rien. No obstante su viveza, paréceme observar en él cierto fondo de seriedad un tanto melancólica, dejo acaso de pasadas amarguras que tal vez explique su admirable disposición para la música, el solo arte que sabe darle voz a las indefinibles tristezas y a las aspiraciones inefables.

La inteligencia natural cubana, desarrollada por la educación, da frutos que nos van a sorprender por su variedad. Pero empecemos por una rectificación. A primera vista se creería que el sol del trópico no hubiera de producir por fuerza sino cerebros fogosos, en que la imaginación predominase. Nada de esto. Hay mucha frialdad y mucho peso en el cerebro cubano, y si la imaginación es viva, palidece en comparación con la de los del Norte, por ejemplo el alemán. Parece que, en la semi-obscuridad septentrional, la creación fantástica o imagen—sueño de la vigilia—se produce mejor y es más brillante y persistente que entre la intensa claridad meridional, en la cual se ahogan las tintas dulces y los contornos vagos. La imaginación cubana no ha creado nada todavía, y ni siquiera ha sabido poblar nuestros bosques de fantasmas ni de leyendas nuestra historia. La tentativa de Fornaris de resucitar la leyenda india fracasó, no tanto porque el poeta era mediano cuanto porque nuestro pueblo es incrédulo, pues tales resurrecciones han de ser, en el fondo, obra de la imaginación y del sentimiento popular. ¿Cómo tener

leyendas, si hasta los cuentos con que maravillamos a nuestros niños nos han de venir de fuera? Nuestra poesía legítima es más bien sentimental y épica, pues las mismas imágenes y metáforas que con tal abundancia emplean nuestros poetas y escritores *modernistas* no son cubanas sino exóticas, tomadas letra por letra de libros extranjeros. Y respecto al arte imaginativo por excelencia, a la pintura, la nuestra, si acaso ha nacido, está en mantillas, y no sé por qué me figuro ¡ojalá me equivoque! que nunca hemos de tener un gran pintor. Viva es la imaginación cubana, sí; pero es estéril: arde con llamaradas fugaces, que sólo sirven para animar la conversación y para hacer insoportable a nuestros oradores de segundo y tercer orden.

En cambio nuestro espíritu de observación está bien desarrollado, y a él somos deudores de un buen grupo de excelentes naturalistas, alguno de ellos eminente y bien apreciado fuera de la tierra propia, y de un crecido número de médicos de relevante mérito, que han surgido en todas las épocas. Muchos de ellos han conquistado notoriedad en los Estados Unidos y en Europa, y ahora mismo brilla en una cátedra de la Facultad de Medicina de París el talentoso joven Albarrán. Ese poder de observación y de investigación nos ha dado igualmente, en todo tiempo, buenos discípulos de filosofía, pudiendo enorgullecernos en la actualidad con el nom-

bre de Varona, que es a la vez magistral expositor y pensador original, cerebro sin disputa el más nutrido y de mayor penetración que hoy tiene Cuba. Bien está que lo llamemos "nuestro sabio". Y al referido espíritu de investigación debemos, por último — ¡quién lo creyera!—una lista interminable de eruditos pacientes, laboriosísimos, infatigables, a la alemana: prueba evidente de la amplitud de nuestra capacidad. Es ya respetable el caudal de apuntes y de datos que sobre historia y hasta pre-historia cubana, sobre economía política y estadística, sobre literatura y biografía, sobre nuestros hombres en fin y nuestras cosas, han acopiado esos modestos y meritísimos obreros de la inteligencia — materiales que facilitarán mañana la composición de la historia de nuestra vida en todas sus manifestaciones. A algunos de estos encarnizados trabajadores débense las pocas estadísticas regulares que en nuestra isla se han llevado. Cierto que entre tales eruditos no faltan—y aun abundan—quienes no son sino simples rebuscadores, urracas furibundas que no dejan rincón sin registrar y que, así que allegan montones enormes de notas disparatadas y confusas, no saben qué hacer de ellas y al fin las vierten a paletadas en artículos u opúsculos de todo punto indigeribles. Pero en cambio otros, infinitamente más discretos, rebuscan y coleccionan con tino y método, y de sus hallazgos sacan libros interesantes y provechosos,

repletos de fresca información y sana crítica. Entre éstos descuellan Merchán y Sanguily. Y para que nada nos falte en este género de actividad mental, poseemos hasta autores de voluminosos diccionarios de diversa índole.

En el foro, la inteligencia cubana ha despedido fulgor especial, habiendo hallado allí digno empleo algunas de nuestras mejores facultades: la sagacidad, el poder deductivo, la claridad y la vehemencia de expresión. No sólo hemos tenido abogados brillantes en incontable número, sino también algunos jurisconsultos de vasta ciencia y de seguro juicio, que habrían adquirido autoridad en cualquier parte. Y en muchos casos, a la inteligencia y el saber se han unido las nobles condiciones de carácter que completan, a los ojos del pueblo, la figura ideal del defensor del derecho y la justicia. Y eso que el foro cubano no supo cerrar todas sus puertas, y a menudo las abrió de par en par, a la corrupción engendrada y mantenida por los gobiernos coloniales.

Las ciencias exactas han encontrado también en la Isla distinguidos cultivadores, a pesar de la poca aplicación que el atraso industrial y el abandono casi absoluto del ramo de obras públicas han permitido a las carreras que de aquellas ciencias se derivan. Nuestros mejores ingenieros han debido buscar, y lo han hallado, fuera de Cuba, empleo decoroso y lucrativo, pudiendo citarse a Meno-

cal y a Ignacio M. Varona, a quienes el gobierno mismo de los Estados Unidos ha confiado comisiones y cargos de importancia, y a Cisneros, que en naciones latino-americanas ha ejecutado obras de extraordinaria consideración. En la propia Cuba ha encontrado ocupación Ximeno, uno de los más aplicados alumnos que han tenido las escuelas Politécnica y Central de París y que es realmente un ingeniero muy notable.

La literatura ha sido sin embargo el campo que, de más tiempo atrás y con mayor ahinco, ha cultivado la inteligencia cubana, sacando de él los frutos que más la han dado a conocer y apreciar en el exterior. En los días de mayor opresión, cuando la torpe y férrea mano de España aniquilaba toda actividad mental en la colonia, todavía el poeta hallaba modo de cantar y, envolviéndose en el manto del liberalismo español, daba salida al sentimiento del cubano. El poeta ha sido en Cuba el eterno rebelde, y aunque no tuviese más merecimientos, bastaría ése, sin duda, para hacer simpática su figura a los ojos de la humanidad. Pero el poeta cubano ha tenido además valor artístico y literario, siendo exponente fiel, no sólo del grado de cultura local y del espíritu de los suyos en cada época, sino del espíritu universal y de los gustos generales dominantes, merced a esa facultad de asimilación tan propia de la raza. Han sido así poetas humanos, que han vibrado con las iras del po-

laco y del griego en rebelión, que han sentido la heroica exaltación del girondino y que han entonado fervorosos himnos al progreso de los pueblos... ¡ay! sin dejar de ser cubanos, y yendo, como tales, a morir en el patíbulo y a gemir y languidecer en el destierro.

Poco hemos hecho en historia, ni ¿qué podíamos hacer bajo la mirada suspicaz de la metrópoli, desde el instante en que la simple narración del pasado de Cuba, por ejemplo, o de América, había de ser condenación irrefutable de sus métodos de conquista y colonización? Tímidos opúsculos, cronologías, monografías, investigaciones de carácter americanista y nada más. Pero sí: como trabajo histórico especial, poseemos un libro, uno solo, bien que admirable y para nosotros, con razón, monumental: la *Historia de la Esclavitud,* de José Antonio Saco.

En la novela, entre muchos ensayos —algunos de importancia, por contener pinturas bastante exactas de nuestras cosas — contamos también con otra obra de que podemos enorgullecernos, expresión palpitante de la fisonomía de nuestra sociedad en plena vida colonial: la *Cecilia Valdés,* de Villaverde.

La crítica ha tenido siempre en nuestras letras numerosa aunque no insigne representación, pudiendo observarse una pronunciada tendencia a la sátira, que rara vez es fina y muy frecuentemente acerba hasta la cruel-

dad, pero chispeante. Citemos a Bobadilla, que sobresale en este género, además de ser buen escritor. Quien con mayor continuidad se ha dedicado entre nosotros a la crítica seria, es Piñeyro, que en ella muestra cualidades superiores, tales como vasta y selecta cultura literaria, amplia comprensión, juicio sereno y principalmente un gusto bien depurado y exquisito. Varona ejerce también la crítica con innegable competencia, llevando a ella su universal instrucción y su honda manera de pensar. La crítica erudita, en la que—como hemos dicho—tanto se distinguen Merchán y Sanguily, es también muy cultivada entre nosotros.

De la prosa baste decir que, entre incontables manejadores, álzase raramente un estilista. La cualidad dominante es la claridad, revelándose en ésta como en otras particularidades nuestra filiación mental francesa. Tenemos unos pocos escritores sobrios y castizos; algunos, brillantes aunque amanerados; otros, jugosos pero incorrectos; muy pocos, confusos; muchos, difusos, y uno que otro extravagante hasta la ridiculez. En el periodismo ha habido y hay polemistas de gran nervio. De los prosistas vivientes citamos a Ricardo Delmonte, José Gabriel del Castillo, Varona, Alfredo Martín Morales, Nicolás Heredia y especialmente a Piñeyro, que entre nosotros es incomparable por la nitidez y elegancia del estilo.

Para la oratoria, manifiesta nuestro

pueblo aficiones, que la libertad de que vamos a gozar puede hacer calamitosas. Es grande nuestra verbosidad, y mientras no la disciplinemos y no la contengamos dentro de los límites que el buen sentido marca, no sacaremos de ella ningún fruto. El fin de la elocuencia es convencer o persuadir o sencillamente deleitar; pero no aturdir, no abrumar, no aniquilar nuestra razón y nuestro sentido común bajo el peso de una estupenda catarata de palabras. Esa oratoria de garganta, de pulmones y de brazos, y aun de cuerpo todo, menos de cerebro ilustrado y juicioso, no es la que debemos llevar mañana al recinto de nuestro parlamento, so pena de no hacer allí nada útil y de ponernos en ridículo. El cubano es, sin embargo, buena madera de orador. Tiene inteligencia clarísima, abundante elocución, afectos vehementes, énfasis y una gesticulación abierta y expresiva. Disciplinadlo bien por el estudio, dadle ilustración y sobre todo buen gusto, y tendréis un orador admirable. Las aptitudes del cubano para la oratoria son variadas, y así poseemos, en nuestra ya rica colección de discuros, desde la arenga desordenada y atrevida de Cortina, hasta la oración artística y mesurada de Piñeyro; desde la fogosa y realmente inspirada elocuencia de Figueroa, hasta la frialdad calculada y la punzante ironía de Govín; desde el almibaramiento empalagoso y la retórica trasnochada de Zambrana, hasta el

agrio, vehemente, irrebatible y fulminante alegato de Sanguily; desde la elegante y espléndida improvisación de Lincoln de Zayas, hasta la oratoria serena, sustanciosa, profunda y conquistadora de Varona; desde la palabra, en fin, lenta, grave, sacerdotal, del Dr. Francisco Zayas, hasta el gran discurso amplio, majestuoso, rotundo, magistral, del mejor orador nacido en Cuba... ¡ay! a quien no pueden aplaudir manos *cubanas.*

Si en las letras nos hemos distinguido tanto, sólo hemos brillado en una de las artes, en la música. La pintura no adelanta mucho entre nosotros, que digamos: hasta ahora no hemos tenido creadores ni maestros de un arte personal, sino discípulos más o menos hábiles de las escuelas clásicas de Europa y algunas bellas esperanzas que, por desgracia, se han malogrado en flor: murió, joven, Melero; joven murió Arburu; joven, niña, ha muerto Juana Borrero; Collazo se malogró mucho antes de morir... Debemos citar, entre los contemporáneos, unos pocos artistas de buen talento, alguno de ellos brillante, que trabajaron y trabajan aisladamente, faltos de estímulo y sin formar escuela: Esteban Chartrand ayer, hoy Federico Martínez, Melero padre, Armando Menocal, Romañá, Osmundo Gómez ¿qué se yo? Y quedan otras esperanzas—Dulce María Borrero y José M. Soler, por ejemplo—que quiera la buena estrella de Cuba conservar para que fructifiquen.

Pero la música ha sido nuestro arte de predilección, aunque no me atrevo a afirmar que estemos especialmente dotados para su cultivo. Como arte sentimental, parece que su producción debiera ser natural y abundante en raza tan afectiva como la nuestra. No veo, sin embargo, muestras muy convincentes de que haya de haber una música cubana. Hay, sí, dulzura y poesía en nuestros *puntos* criollos y viveza y gracia en las *guarachas,* no careciendo la danza de sabor especial y sensualismo, y acaso bien cultivados, pudieran unos y otros aires darnos cierta originalidad. Ojalá sea así. Cuanto a la *canción* romántica, que tanto gusta a nuestro pueblo, nada más insoportable o risible. Es un puro disparate pretensioso que hay que proscribir, con sus falsetes, sus palabras entrecortadas y sus trémulos... Mas si el divino arte cuenta en Cuba con pocos compositores de nota todavía, tiene en cambio por centenares los ejecutantes exquisitos, muchos de los cuales han hecho sonor, al par de sus dóciles instrumentos, el nombre de Cuba en regiones apartadas. Por no citar sino a contemporáneos ¿qué honra y qué placer no le han proporcionado a la isla natal profesores y artistas de la talla de Espadero y de Villate, de Desvernine y de Aristi, de Cervantes, y Jiménez, y White, y Brindis de Salas, y Albertini?

Y para que la capacidad cubana se revele en toda su amplitud, miremos

que hasta en el arte de la guerra, que nadie nos enseñó, hemos sabido tener jefes de indiscutible superioridad y todo un pueblo de innegable disposición para el combate. ¡Bien sabe el español, aunque por mal entendido orgullo se lo calle, lo que han valido y valen militarmente un Agramonte, un Maceo y un García, por ejemplo, y si los cubanos son o no buenos soldados! Además de la inteligencia viva, fecunda, rápida y sutil manifestada a cada paso ¡qué temple de alma, qué valor, que abnegación, qué tenacidad moral y qué resistencia física no se le ha visto desplegar al pueblo cubano en tan horrible y desigual contienda—virtudes que han sido, aun para nosotros mismos, una revelación y que de seguro nos colocan ya entre los pueblos más animosos de la Historia! No se lucha, no se muere, no se vence así sino cuando la raza es buena y lleva en sí, con el ideal alentador, el poder de realizarlo.

¿Qué no hemos de esperar, pues, de pueblo así dotado de tan armoniosas facultades? ¿Qué hay de excesivo en nosotros o de deficiente en grado sumo? Y ¿qué no darán de sí tan ponderada inteligencia y tan generoso corazón, cuando se los someta de lleno a esa racional y varonil cultura con que soñaron nuestros dos grandes educadores de Occidente y de Oriente, José de la Luz Caballero y Juan Bautista Sagarra, que ya, en tiempos de abyección, supieron hacer hombres?... Abramos, pues, los acongo-

jados pechos a esperanzas lisonjeras: el porvenir premiará los dolorosos merecimientos del pasado. Aunque pequeña nuestra Cuba, podemos alcanzar que la consideren como grande. Porque el valor de las naciones, como el de los individuos, no reside en el tamaño material, sino en la suma de energías que contengan. Y el cubano, que es un enérgico hombrecillo, puede concebir y realizar cosas enérgicas.

. . . . . .

He conocido a un hombre que en sí reunía, magnificadas, las virtudes todas del cubano. En lo físico, era el tipo de ese hombre de los trópicos en quien el sol seca las carnes, como para que el nervio y la fibra muscular adquieran mayor soltura y temple y respondan al estímulo con la celeridad del rayo. Era delgado y flexible; mas con la delgadez y flexibilidad de las hojas de Toledo. Parecía una dama, y era un hombre. Las asperezas de un clima violentísimo, la fatiga de un incesante trabajar, las amarguras de un destierro interminable, la privación y la humillación de la pobreza, dolores de carácter íntimo, y, añadida a toda esta desgracia, la angustia intensa de quien persigue un ideal por sendas cubiertas de abrojos y cortadas por abismos, nada pudo rendir su delicado cuerpo ni siquiera apagar la sonrisa de su rostro. Vivía y se movía entre innumerables hombres de otra raza, hercúleos y arrolladores, que pasaban a su lado imaginando empresas, gigantescas como ellos. Pero él, el

hombrecito del trópico, que con nervioso pie se escurría entre las masas y a quien más de un hombrazo de aquellos miró acaso con desdén, era más hombre que todos, en la doble acepción de la palabra: porque amaba más a la Humanidad, y porque estaba acometiendo—él solo—una empresa, al lado de la cual eran juegos de niños las más atrevidas imaginaciones de aquel pueblo.

En lo moral, poseía la bondad cubana en toda su grandeza. Era humilde con los humildes, blando hasta el enternecimiento con los niños y con los desventurados, galante como caballero antiguo con las damas, noble y atento y obsequioso con todo el mundo; creyendo que el amor todo lo resolvía, que la persuasión era la gran fuerza humana; amándolo todo, principalmente la libertad y la justicia, e idolatrando a su pueblo y a su patria. Sólo tuvo un odio; pero este odio era la forma suprema de ese amor a su patria y a su pueblo, a la libertad y la justicia. Sí, su fuerza era el amor. Mas cuando vió que era inevitable la obra de violencia, cuando se convenció de que el sacrificio cruento se imponía, él, con su mano blanda y acariciadora, fué llevando poco a poco y uno a uno a sus hermanos al lugar del sacrificio. Y después, se fué también.

En lo intelectual, tenía toda la capacidad cubana: era inteligente, mas en grado tal y con destellos tan fulgurantes, que en las naciones que reco-

rría o con las que se comunicaba, dejaba la impresión del genio. Por genio lo tenía el mejicano, y el hijo de la América Central, y el de Venezuela y de Colombia, y allá, en el extremo meridional del Continente, el argentino por genio lo tenía...En su país natal se discutía si era loco. Era inteligente, sí. Concibió una obra magna, sublime y para prepararla, dió intenso empleo a todo aquello que su patria había puesto en él: a la atención infatigable, a la recelosa previsión, al cálculo frío y caviloso, a la cordura que examina, a la prudencia que no se arriesga, a la habilidad sutil que ajusta, al ingenio que combina, a la paciencia que desenreda, a la solicitud que en todo está, a la sagacidad, al tino, a todo lo que en él había de propio para que nada faltase, para que nada dejase de ser lo que debía, para que todo concurriese al fin propuesto; y cuando estuvo todo bien urdido y llegó el instante de dar a conocer su plan a los que debían realizarlo, empleó en la indispensable y riesgosa operación todas las otras cualidades, todas las otras fuerzas que la virtud de la raza y del suelo propios le había infundido: y fué el más tenaz y ardiente de los propagandistas, y viajó sin parar ni cuidar de su salud, y fundó periódicos, en los que escribió sin tasa y con el alma toda, y levantó clubs, en los que derramó torrentes de elocuencia extraña y poderosa, y convirtió, a fuerza de razón, en amigo al extranjero, y a fuerza de cariño,

en combatiente al compatriota, y a fuerza de persuasión, en contribuyente al pobre, al rico, a todo el mundo; y supo sacar de sí—de su cuepro frágil y pequeño—todo lo que era menester para su obra: pensamientos colosales y pensamientos tiernos, energías de titán y blanduras de mujer, conminaciones, súplicas, lágrimas, sonrisas, la mirada que escruta, la frase que levanta, el gesto que esclaviza, la arrebatadora arenga del tribuno, el razonamiento impecable del demostrador, la fina circunlocución del diplomático, es decir, recursos para la guerra, barcos, pertrechos, rifles, generales y soldados... Y cuando todo lo hubo sacado de sí mismo, se sacó también la vida y la entregó!...

Vosotros habéis conocido, como yo, a ese gran cubano cuyo nombre no pronuncio, para dejar que lo murmuren enternecidas nuestras almas.

He dicho.

BLANCOS Y NEGROS

(Conferencia dada en Cayo Hueso el 7 de Noviembre de 1897)

Ciudadanos:

Estas conferencias son de paz, estas conferencias son de amor. No tienen seguramente, ni quiero que tengan, semejanza alguna con la mística, monótona predicación que cae del púlpito en los templos o se extiende en las inacabables, adormecedoras páginas de un libro de moral. Yo pretendo hacer obra política, estricta y rigurosamente política, de utilidad inmediata y palpable, de interés material bien calculado, cuando recomiendo a nuestro obrero que en la persecución de sus fines no apele a la violencia; cuando exijo a nuestra clase culta y rica, por su buen nombre y conveniencia, que no olvide que somos una democracia y se muestre respetuosa y afable con el pueblo; cuando pida, como voy a pedir al cubano blanco, que no menosprecie al cubano de color, y cuando suplique a éste; como pienso suplicarle, que

sofoque en sí todo sentimiento de rencor hacia su hermano blanco. Si tales procedimientos bondadosos, que así aconsejo en todas nuestras circunstancias, no hubiesen de producirnos frutos positivos en esta vida terrenal, ya que no creo en otra vida, no me haría la pena de recomendarlos, y dejaría al hombre de religión el inocente empeño de inflamar las almas con ese amor divino, que promete bienaventuranza eterna en cielos apartados.

Pero no; mi amor, el que predico, más humilde de origen y menos magnífico y dadivoso, en promesas, que el del padre cura, ofrece, sin embargo, una y modesta pero seguramente, la ventura en esta vida,—y no está demás que tratemos de crearnos con nuestro humano amor un edén aquí, por si el alto y maravilloso cielo del amor divino resultase un gran engaño.

La cuestión que me propongo examinar hoy—la cuestión de razas—es, como la cuestión obrera, de esas que la gente sesuda y timorata llama escabrosas y dice que no deben siquiera mencionarse. Opino de otro modo; pienso que entre hombres libres y honrados puede hablarse de todo y con entera claridad, pareciéndome, por el contrario, que, entre semejantes hombres, lo único escabroso es el disimulo o la mentira, pues más peligros esconde el silencio del cobarde que la franqueza de los pechos varoniles. No es culpa nuestra que en Cu-

ba haya dos razas diferentes, no es culpa nuestra que por ley fatal humana surjan antagonismos entre ellas; pero sí seríamos culpables si, enfrente del hecho de la coexistencia y en previsión de los males que puedan del antagonismo originarse, no empezásemos desde ahora a prevenir esos males, estudiando la manera de establecer entre ambos elementos sociales la misma armonía que la naturaleza establece entre los infinitos elementos que la componen, los cuales, a pesar de luchas aparentes, concurren con eficacia igual al fin supremo de la estabilidad y de la vida. La ventura o desgracia de los pueblos, como de los individuos, no depende precisamente de su constitución orgánica, sino del mayor o menor tacto con que la hacemos funcionar. Puede, por ejemplo, un hombre débil y enfermizo sentir mayor suma de bienestar, por la discreción con que maneja su pobre máquina, que un hombre robusto que locamente echa a andar la suya. En realidad, tenemos la suerte en nuestras manos, y el hombre será más cuerdo y bueno, es decir, más feliz, el día que se convenza de que nada se pierde en este mundo y que la cosecha que nos toque recoger será del grano mismo que tiempo atrás sembramos. Nadie se va de la vida, como dice Emerson, sin dejar pagada toda su deuda, y si algo quedó por pagar, lo pagarán los hijos. Hay una providencia, la histórica, cuya acción es real y de efectos más inmediatos que

los de la Divina Providencia, tan lejanos éstos, pero tan lejanos, que todavía espera la humanidad ver el castigo divino de un Caín y la compensación celeste de un Abel. Esta providencia terrena reparte el bien y el mal entre los individuos y los pueblos, no al capricho, sino en la medida de los merecimientos, según la ley inexorable que rige las acciones y reacciones en la naturaleza.

Es innegable que el porvenir de Cuba aparecería menos confunsamente definido a nuestros ojos, si la raza pobladora de la isla fuese toda blanca o toda negra. Pero no es así: hay allí dos razas de distinto origen que, a pesar de la identidad de caracteres y de gustos, creada por el medio ambiente, y a pesar de la actual comunidad de odio y de acción contra España, podrían asomar mañana aspiraciones distintas, exclusivas. Enfrente de tal posibilidad, no cabe cerrar los ojos, sino por el contrario abrirlos todo enteros, para ver desde ahora, antes que la lucha política se encienda en la futura república, el modo de impedir que las ligeras discordancias procedentes de la diferencia de color, no lleguen a producir discordancias de sentimientos y de miras, que serían funestas, desastrosas para todos.

El problema es indudablemente serio, no tanto, sin embargo, como los de análoga naturaleza, resueltos en otras partes. Del mismo modo que nuestra futura constitución política y

nuestra cuestión obrera preséntanse con caracteres que hacen su solución relativamente fácil, así nuestra cuestión de razas es muy sencilla, comparada con las de la propia índole de Europa. No hay nación europea que no esté compuesta de razas distintas, que al cabo se avinieron, hasta el punto de que naciese en ellas un sentimiento común de nacionalidad, más o menos poderoso. Suiza, por ejemplo, y la cito por ser una de las naciones más tranquilas del mundo, está formada por tres razas diferentes, fragmentos desprendidos de Alemania, de Italia y de la antigua Borgoña, que conservan no sólo sus principales rasgos étnicos sino hasta sus tres lenguas primitivas todas las cuales han sido declaradas lenguas nacionales. Suiza es no obstante una verdadera nación, en que existe un sentimiento nacional muy fuerte, pues el suizo, cualquiera que sea su origen, se muestra encantado de su suelo pintoresco, contento con sus costumbres patriarcales, orgulloso de su heroica historia, y celosísimo de su grande y hermosa libertad. Pero el Estado más disparatado de nuestros días es el Imperio Austriaco. Constitúyenlo el alemán, el húngaro, el bohemio, el italiano, el polaco, otros restos de nacionalidades eslavas, destruídas, y hasta Estados enteros, retenidos al imperio turco. Y esas sí son razas inasimilables, viviendo cada una de ellas en su antiguo territorio, hablando cada cual su vieja lengua, nutriéndose de sus re-

cuerdos históricos, de sus glorias exclusivas, consistentes, con frecuencia, en triunfos guerreros, obtenidos sobre alguna de las razas que hoy comparten la nacionalidad, con religiones, costumbres y hasta trajes diferentes, detestando todas, más o menos, a la raza predominante, la alemana, y pugnando por conservar cierto aire de independencia, cuando en realidad no tienen, a excepción del húngaro, sino una muy recortada autonomía. El imperio subsiste, sin embargo, merced al tacto político asombroso con que se procede en Viena, aunque por ser, como hemos visto, tan disparatado su conjunto, no sería locura predecir una disgregación final.

¿Qué tiene de semejante a esto nuestro problema? ¿Cuál territorio de la Isla pertenece históricamente al negro y cuál al blanco? ¿Qué lenguas distintas hablan? ¿Qué religiones diferentes siguen? ¿Qué costumbres ni qué gustos exclusivos los separan? ¿Qué recuerdos de agravios históricos los alejan?—Porque la esclavitud impuesta a una de esas razas, no fué obra de la otra, sino del tirano común. ¿Qué ideales contrarios, en fin, podrían acariciar las dos, cuando historia, lengua y religión, carácter, usos y costumbres, todo les es común? ¿Podría conocerse siquiera, a no ser por el accidente del color, que en Cuba había dos razas? ¿No han vivido éstas y viven mezcladas de hecho en la vida social, a pesar de ligeras prevenciones recíprocas que ya exami-

naremos? ¿No están hoy mismo perfecta y admirablemente confundidas en la acción política y militar, sacrificándose juntas y con patriotismo igual por librarse de un mismo yugo? Y como, después del triunfo, ha de constituirse en la patria, por ambas conquistada, un régimen sobre bases de igualdad y libertad ¿qué tendrá que temer una de otra? ¿Podría ninguna de ellas reclamar para sí el menor privilegio ni sobreponerse legalmente? ¿Qué nubes, pues, son esas que algunos ven, preñadas de tempestad, asomar por nuestros horizontes? ¿Cómo, sino con malicia, ha podido el español o algún cubano menguado, apuntar, en son de amenaza, la idea de que Cuba independiente habrá de ser campo de guerras de raza interminables? ¿Cómo, sino con malicia más honda todavía, se afirma aún, de vez en cuando, y con fatídica voz, que Cuba libre será negra?

Para desvanecer tanto error, hijo de la ignorancia o la mala fe; para disipar tanto miedo pueril o simulado, preciso es hacer lo que hago ahora, traer el problema a plena luz, para que lo examinemos fríamente en todas sus fases, que son pocas y sencillas. Así veremos pronto que, del mismo modo que en la cuestión obrera no habrá que temer entre nosotros la brusca aparición del lanzador de bombas infernales, tampoco en la política daremos la espantable visión de dos fieras que mutuamente se devoran.

Sólo hay un motivo—bastante serio, aunque por fortuna remediable—de división entre el cubano blanco y el cubano de color, y es—fijémoslo bien—de parte del blanco, un mal contenido sentimiento de superioridad, que se revela por cierta esquivez del trato o por un lenguaje ligeramente imperioso o despreciativo, y, de parte del hombre de color, como es natural, cierta irritación continua y sorda, que raramente estalla, pero se desahoga con frecuencia en murmuraciones íntimas. Ahondando bien, se nota que tales sentimientos no tienen raíces profundas y que el odio, lo que se llama odio, no existe sino en alguno que otro individuo en ambas razas. Además de no ser profundos aquellos sentimientos, no son siquiera naturales en nuestro carácter benigno y expansivo, y sólo pueden explicarse por la proximidad en que nos hallamos todavía de los malditos días de la esclavitud. Algo ha quedado del amo antiguo en cada cubano blanco, algo también del antiguo esclavo en cada cubano de color. Aunque la razón mantiene presente en el ánimo de todos la igualdad reconquistada, el hábito del mando persiste involuntariamente en unos y les da inflexiones insolentes al hablar, mientras el hábito de la sumisión forzada sostiene en otros la agria actitud de la protesta sorda. Son, más que sentimientos reales, supervivencias de gesto, pliegues físicos que tardan en desaparecer. A estas remi-

niscencias del pasado, vagas e inconsistentes, añádase, para acentuar las diferencias, el estado positivo de inferioridad intelectual en que se encuentra la raza de color. Como se ve, esta condición de inferioridad es también superficial y puede ser pasajera, pues no depende precisamente de deficiencia mental ingénita, sino de la falta absoluta de educación en una raza que hasta ayer mismo ha estado esclavizada.

En el fondo, nada esencial, nada que anuncie y justifique un alejamiento eterno entre los dos principales componentes de nuestra sociedad. La raza de color se educará, comienza ya a educarse, y como es de suyo inteligente y parece que tiene verdadero afán de progresar, verá pronto salir su espíritu del adormecimiento en que ha estado durante la larga noche de la esclavitud y ponerse al nivel del espíritu del blanco, que se ve libre ya de la ignorancia crasa y de la superstición, aunque carezca aun de superior cultura. Mientras tanto, el tiempo y la reflexión—ésta sobre todo—harán que se desvanezcan los últimos aires de actitud de un señorío y de una servidumbre para siempre desaparecidos, y que el blanco se deje de tonillos y de humos, para que a su vez el de color se deje de recelos y asperezas en las mutuas relaciones.

No hay odios que hiervan en los pechos. Y para probárnoslo, recordemos nuestra propia vida familiar.

Raro es el hogar cubano blanco en donde el esclavo de otros días y su descendencia no hayan inspirado y mantenido el afecto y la confianza, hasta el punto de ser tenidos como de la familia. Nosotros todos nos hemos criado en contacto continuo con los niños de color de nuestra edad, juntos hemos crecido, y si las exigencias de la vida nos han separado más tarde, siempre hemos pensado en ellos con singular cariño, y no podemos reconstruir en la memoria el hogar de nuestra infancia, sin que sus imágenes y las de sus padres, sobre cuyas rodillas tantas veces nos dormimos, no aparezcan confundidas con las de nuestros padres y hermanos. Y saliendo del hogar, en las mismas relaciones exteriores y generales entre una raza y otra, y no obstante las preocupaciones y prevenciones que dejamos apuntadas, es innegable que hay un fondo de consideración y de suavidad en el trato mutuo, que es casi siempre familiar por el tono y destruye toda sospecha de odio y de incompatibilidad. El individuo de color imita al blanco en los usos y gustos sociales, mostrando así un noble deseo de elevarse y dando pruebas de su admirable facultad de adaptación. A su vez el blanco, mucho menes discreto, no repugna imitar aun a los menos dignos de imitación entre la clase de color, a esa parte escandalosa y bullanguera que refina a su modo los danzones e inventa refranes y dicharachos de una

agudeza igual a su extravagancia y grosería. Estos dicharachos, salidos de labios de algún sucesor del antiguo "curro del Manglar", se esparcen con la rapidez del rayo por nuestra sociedad entera, se prenden de todas lenguas, amenizan toda conversación, y hasta la señorita más romántica y melosa se pasa quince días "como mono", averiguando "a qué hora Bilongo mató a Merced"... ¿No indica todo esto que hay corrientes simpáticas que se cruzan en todas direcciones bajo la masa total de nuestra sociedad?

Pero la prueba mayor de la posibilidad de establecer el mutuo aprecio definitivo entre ambas razas, nos la ofrecen nuestras revoluciones, en que negros y blancos han compartido en amigable unión penalidades y alegrías, glorias y peligros, luchando todos con perfecta naturalidad a las órdenes de jefes de distinto color. En la manigua, donde los hombres se miden y se estiman en lo que realmente valen, no hay blancos ni negros, sino soldados más o menos hábiles y valientes, y los mejores imponen a las masas el respeto y el cariño. Maceo llevaba en su Estado Mayor lo más granado de la juventud blanca, que se disputaba el honor de acompañar a jefe tan insigne, y José Maceo, y Bandera, y Rabí y todos los demás jefes de color que se han distinguido por su bravura, han arrastrado a los blancos y tenido en ellos fieles y decididos servidores. Del

mismo modo los soldados de color se han agrupado y se agrupan con entusiasmo alrededor de jefes como Gómez y Calixto García, como Zayas y Carrillo y Aranguren.

¡Qué diferencia entre la cordialidad que se advierte examinando de cerca los contactos sociales de las dos razas cubanas y la honda e implacable antipatía, el odio descarado, violento y agresivo, que divide a negros y blancos en esta tierra que llaman trono de la libertad, campo del progreso, cuna de la democracia y delicia de la humanidad! Mientras el primer acto de nuestra primera gran revolución fué abolir la esclavitud, aboliéndola de hecho en su dominio, la revolución americana dejó a su negro encadenado, y cuando mucho más tarde se trató de quebrantar sus hierros, una buena parte de la nación se opuso y hubo, para realizar la noble empresa, que derramar ríos de sangre, cuando ni una sola gota costó la redención del negro en Cuba. Por fin la esclavitud fué abolida en los Estados de la Unión; pero entonces empezó para la pobrè raza negra otro género de suplicio, que debió sorprenderla en sumo grado. Era natural que pensase que el hombre del Norte que así había vertido su sangre y dado su vida por libertarla, estuviese lleno de consideración y afecto hacia ella. Pronto pudo convencerse de que el blanco norte-americano no se había batido sino por una idea puramente abstracta, para hacer verdadera la letra de

la Constitución, que declaraba libres a todos los americanos, sin que su resolución entrañase amor a la persona del redimido. Este entraba en posesión del derecho común, y eso bastaba al libertador, celoso de la pureza de los principios constitucionales. Pero el negro seguía siendo a sus ojos raza inferior, peor aún, raza antipática, a la que debía mantenerse fuera de la legítima sociedad americana, evitando en lo posible su contacto, como si contaminara, cerrándole, no ya las puertas de su casa, sino las del teatro y del café, las del templo mismo, y levantando tal cúmulo de prevenciones y alimentando tal odio contra ella, que el sentimiento de justicia ha llegado o oscurecerse en la conciencia popular, hasta el extremo de que la ley escrita, que se juzga buena para castigar al blanco en ciertos casos, parece deficiente cuando el culpable es negro, y las muchedumbres, poseídas de un furor que nada tiene de santo, pues es simplemente la explosión de un odio incontenible, arrebata al presunto reo del poder del tribunal, y para oprobio del nombre americano y vergüenza de la humanidad, lo cuelga con sus manos y lo ultraja!

Compare con toda esta injusticia y esta brutalidad nuestra raza de color su propia situación en Cuba, y creo que tendrá motivo para congratularse. El pueblo cubano es por naturaleza más democrático y más bondadoso que este enorme pueblo de la Unión americana, que es en muchos

conceptos pueblo superior, pero que está demasiado poseído de su superioridad. Nosotros podemos crear, si nó una gran república, algo que acaso vale más, la república cordial, cariñosa, que concibió Martí, interpretando, al concebirla, como siempre interpretó, los sentimientos del cubano. En esta república pueden vivir, hermanadas, las dos razas, empeñándose en dar y mantener la forma de una noble emulación a ese antagonismo que inevitablemente surge del contacto de pueblos o individuos de diverso origen. Ese antagonismo procede del concepto de superioridad que cada sér humano—individuo o colectividad—tiene de sí mismo. Porque no hay que engañarnos: nadie, por pequeño que sea, y aunque reconozca en parte su pequeñez, deja de atribuirse una superioridad cualquiera sobre su prójimo, y es verdad que la tiene en algún sentido, pues no es posible que haya dos seres que reunan, el uno todas las virtudes y el otro todos los defectos imaginables. Si el blanco se cree superior al negro, es seguro que el negro se cree también superior al blanco, y en el fondo, uno y otro poseen realmente alguna superioridad. De aquí que ambos deben considerarse y respetarse, procurando, ya que han de vivir juntos, que los impulsos diferentes de sus diferentes cualidades se busquen para complementarse en provecho común, en vez de buscarse para reñir y destruirse en perjuicio de los dos. En sociedad,

el respeto es la base del cariño: no se puede querer a quien no se estime en lo que vale. Estudie el hombre de color al blanco, con quien va a vivir, y reconózcale las virtudes que le encuentre, y a su turno examine el blanco a su compañero de color y confiese en alta voz sus méritos, y si uno y otro deben asimismo conocer los defectos respectivos, déjenlos en segundo término y no utilicen su conocimiento sino para dirigir con tino la conducta propia.

La raza de color, desorganizada por la disolvente influencia de la esclavitud en que ha vivido hasta hace poco, tiene que trabajar doblemente ahora para imponer con facilidad a todos el respeto. Antes que nada, debe reconstituir la familia, aniquilada por la esclavitud; fundar su hogar severo, puro, en que el padre levante su autoridad por medio de sólidas virtudes domésticas: la previsión, la solicitud, la justicia, la laboriosidad y la sobriedad; en que la madre reine por la ternura y mantenga su poder por medio de beneficios incesantes que resulten de su amor al orden y a la limpieza, de su cuidado minucioso, de su inteligente abnegación; en que los hijos, por último, nazcan en abundancia y crezcan bien criados y educados, para que sean luego útiles a su familia, a su raza y a su patria. Porque es preciso que aquí llame yo la atención de los cubanos de color sobre un fenómeno que se produce de tiempo atrás y que les in-

teresa vitalmente conocer; es preciso que les diga hoy en alta voz y con la llaneza y sinceridad que me son habituales, que su raza se está extinguiendo en Cuba; que, desde muchos años hace, la estadística viene revelando una regular y notable desproporción entre nacimientos y defunciones, de tal suerte que cada año pierde la raza miles de individuos, y que, de no variar los términos del cuadro, a la vuelta de un siglo no quedarán de ella, en la Isla, sino restos insignificantes. La causa principal, quizás la única, de tan tremendo fenómeno, es la desorganización de la familia de color. La esclavitud era mortífera, devoraba al negro como poseída de insaciable hambre de carne: espanta calcular, aunque aproximadamente, el número de seres arrancados al Africa para ser traídos como pasto al monstruo. Millones de individuos sanos, fuertes, aptos para aclimatarse en Cuba maravillosamente, prolíficos por naturaleza, que debían por tales razones estar ocupando, llenando la Isla entera, de un cabo al otro,—y que apenas llegan sin embargo a medio millón de seres en la actualidad. Pero la esclavitud no consentía la familia, la desconocía, la desbarataba en germen, dispersando sus miembros, vendiendo a la madre en un mercado y al hijo en otro, fomentando la inmoralidad secreta con la imposición de la promiscuidad, esterilizando al varón por el agotamiento de las fuerzas en el incesante trabajar, defor-

mando el seno de la hembra y envenenándole la leche por la tarea forzada y el castigo, dejando languidecer y perecer al niño en la soledad del barracón; sin contar con que el monstruo tenía a sus víctimas famélicas, escuálidas, por lo que, al cruzar el aire una epidemia, quedaban los campos de Cuba cuajados de cadáveres!

La esclavitud cesó, pero la raza ha permanecido en estado de desorganización, peor aún, de desorganización y de miseria. El hogar del hombre de color apenas si existe. los matrimonios serios son raros, pasajeras las otras relaciones, los hijos nacen al capricho y se crian sin cuidados, la muerte naturalmente los diezma, y la raza empeora y se aniquila. Fíjense bien en lo que acabo de exponer los cubanos de color que se han ilustrado ya y tienen, por lo mismo, el deber de dirigir a los suyos. Tiendan con todas sus luces a educarlos y mejorarlos, y, para ello, empiecen por luchar para que se reconstruya la familia. El hogar moralizador, el matrimonio regular, la laboriosidad del padre, la dignidad, la tierna solicitud y la dulzura de la madre: he aquí lo que es preciso juntar, amigos míos, para dar vida a generaciones abundantes, sanas de cuerpo y alma, que aseguren la conservación y progreso de la raza. Semejante remedio es más rigurosamente indispensable en Cuba, donde la masa de color no recibe, desde la cesación de la trata, alimento exterior alguno y tiene que fiar su existencia

y desarrollo a su sola fecundidad. No así la masa blanca, a quien las inmigraciones, blancas todas, aportan continuamente una adición no despreciable. Fuera de que los blancos, que han mantenido siempre bien constituída su familia y han dispuesto de mayores medios para su cuidado y educación, han venido creciendo, según las propias estadísticas, hasta componer hoy más de las dos terceras partes de la población total del territorio. El elemento blanco ve así asegurada su existencia en Cuba: necesario es que el elemento de color se empeñe en asegurar también la suya.

Unidos, pues, en paz amable y concordia provechosa, pueden negros y blancos habitar la república cariñosa de Martí, confundidos en la labor común de engrandecer la Patria y respetándose en la obra exclusiva de mantener la existencia y dignidad de las respectivas razas. Porque las razas, como los individuos—más que los individuos todavía—abrigan un poderoso sentimiento de conservación, puesto en ellas por la naturaleza misma, que quiere que lo que ella creó perdure en su integridad y su pureza. Ese sentimiento es sagrado, y a él se subordina todo, por él se sacrifica todo. Las dos razas cubanas pueden aspirar a conservarse, crecer y refinarse paralelamente sobre el suelo fecundo que les brinda asiento y bajo el cielo benigno que las cobija y les sonríe. Ese noble trabajo de fijación

y pulimento de la estirpe propia, no debe despertar entre ellas sino emulaciones generosas, propendiendo cada cual a sobresalir en lo bueno, en lo justo y en lo bello, tomándose mutuamente por modelo en lo que mejora y dignifica, dándose lo que recíprocamente se deban en consideración y en servicios sociales, mezclándose en la ocasión y en la medida que la libre voluntad lo quiera y dejándose solas y respetándose profundamente en lo que sea privativo de cada una de ellas, en lo que ataña al espíritu íntimo y a la independencia del hogar. El hogar es una institución aparte, fuera de la política, fuera de la misma sociedad; es el solo dominio en la tierra donde el hombre puede legítimamente considerarse rey, y rey absoluto, que dicta, pero no recibe leyes. Es preciso que el hogar del hombre de color y el hogar del hombre blanco sean en Cuba santuarios inviolables y que sus jefes tengan, con carácter de indiscutible, el derecho de abrir y cerrar puertas. No habría tiranía más odiosa que la imposición de una voluntad extraña en ese recinto de la soberanía íntima del alma familiar. Es indispensable que, en medio de las afanosas inquietudes de la vida y las agitaciones de la plaza pública, posea el cubano, cualquiera que sea su color, el refugio de tranquilidad inalterable de su casa, en donde no vea, ni oiga, ni toque sino lo que le plazca tocar, oir y ver; en donde pueda crearse el mundo de sus gustos y

caprichos, en donde se sienta libre, en donde se sienta venturoso.

Ahora bien, si en lo social nada tenemos, según espero, que temer de dos clases de hombres que son sensatos y generosos por naturaleza, que han vivido hasta hoy en buena armonía, animados de un mismo espíritu y que de aquí en adelante se sentirán más unidos todavía con el nuevo lazo de la hermandad revolucionaria, tampoco temo, o temo poco, que la vida de actividad política que los espera en la conquistada patria, los indisponga hasta armarlos unos contra otros. El régimen de igualdad absoluta y de justicia que allí se inaugurará indefectiblemente, no proporcionará motivo ni pretexto legal para el descontento de nadie. Sólo en la práctica, en la distribución de puestos y honores, en la composición de los gobiernos, podría caber el favoritismo y la injusticia. Hombres somos, y el egoísmo y las pasiones bastardas pueden despertar en nuestro corazón y echar a perder la hermosa obra del más puro y levantado patriotismo. ¡Oh, quisiera no tener que pensar en semejante posibilidad, en tamaña desventura! ¿Cómo entrever, sin terror y sin angustia, la posibilidad de que se realicen los estúpidos, los malévolos vaticinios de un Cánovas del Castillo o un [illegible]? Me resisto en verdad a creer que nuestro pueblo, de tan admirable cordura y tan sublime abnegación en la conquista de la libertad, al gozar de ella se torne in-

sensato y egoísta. Si por desgracia fuese así ¡ay del que provoque la escisión, ay del que rompa el pacto que ambas razas han firmado con su sangre! ¡Qué responsabilidad ante la Historia, y qué fracaso material para la ambición malsana! Porque en Cuba no será posible el predominio absoluto de una raza. Ni el blanco lograría sojuzgar al negro, bastante fuerte para mantener sus derechos a una vida completa, libre y digna en la tierra que es su patria, ni el negro conseguiría sobreponerse al blanco, sobrado numeroso, ilustrado y rico para poder salvar su independencia y su decoro.

Pero reflexionemos mucho, reflexionemos hondamente acerca de lo que voy a exponer, que es cosa grave sobre toda ponderación: Si en el conflicto sangriento es seguro que ninguno obtendría triunfo definitivo sobre el otro, es muy probable que uno y otro sí llegáramos a procurarnos, por el solo hecho de irnos a las manos, un mal espantoso, el peor de los males, un mal sin remedio y por lo mismo eternamente lamentable. Cuba ocupa tal posición, que el menor sacudimiento interno del género a que hacemos referencia, podría tomar las proporciones de un suicidio. Hállase nuestra patria en la peligrosa vecindad de un pueblo poderosísimo, a quien muchos, con más o menos fundamento, le atribuyen ambiciones recónditas, miras de absorción que aguardan una coyuntura para producirse, y como seme-

jante pueblo vive en el recelo y en la desconfianza de uno de sus elementos componentes, de su raza de color, bastaría acaso el menor choque entre las razas cubanas para que se creyese autorizado a intervenir, so pretexto de que alguna de nuestras chispas podría volar y prender el incendio en su mismo territorio. Y como sabemos a dónde van fatalmente a parar tales intervenciones, ¡ay de nuestra independencia! ¡ay entonces de esta obra gigantesca que estamos levantando a costa de sacrificios casi mortales, inauditos! ¡ay del fruto preciosísimo que están dando en este instante nuestras riquezas todas consumidas; nuestros hogares derribados; nuestros campesinos trocados en famélicos espectros; el viejo, que no halla respeto para sus arrugas; el niño, que no halla lástima para su debilidad; la mujer, que no halla salvación para su honor; la raza toda, carcomida, amenazada por la enfermedad y la miseria, diezmada por las balas en la manigua, por el asesinato en la vereda, por el fusilamiento en los fosos, por el palo en las prisiones, por la tristeza y la privación en el destierro! ¡Ay de la predicación de Martí, de las hazañas de Maceo, de la abnegación y heroísmo de todos los cubanos! ¡La patria de nuestra alma latina, convertida en un pedrusco del territorio del sajón! ¡Nuestra brillante estrella solitaria, perdida entre un montón de estrellas extranjeras!..... No, cubanos, no: amémonos mucho, amémo-

nos todos, porque ¡ya veis! el amor es la condición de nuestra existencia nacional. Y a esos locos, a esos que sueñan con dominaciones imposibles, a los racistas, al racista blanco y al racista negro, gritémosles:—¡Atrás! vuestros sentimientos no son generosos, no sabéis amar a Cuba, que es madre de blancos y de negros, no tenéis alma cubana!—Y mostrémosles, allá, en las alturas de la inmortalidad, las sombras de Martí y de Maceo, abrazadas, como se abrazaban en vida los dos héroes, sellando de ese modo la unión indisoluble de ambas razas!

He dicho.

AUGUSTO DE ARMAS

Conocí y traté en París a Augusto de Armas, y sinceramente lo pintaré tal como me pareció. No tenía más que un defecto capital, del cual puedo, por fortuna, hablar con franqueza ya que él mismo se jactaba de poseerlo, creyéndolo — naturalmente — su cualidad mejor, el signo inequívoco de su superioridad: ese defecto era el orgullo. Hasta resolvió una vez añadir a su nombre, para firmar trabajos literarios, el adjevito *l'Orgueilleux,* a imitación de aquel otro decadente que a él propio se apellidó *le Magnífique.* Varios amigos, a fuerza de bromas, se lo quitaron de la cabeza. El orgullo de Armas, por lo desmesurado, no lastimaba a nadie: los pequeños nos sentíamos igualados a los grandes ante aquel jovencito desdeñoso, que era, sin embargo, amable, puesto que a unos y otros, con risueña facilidad, nos llamaba ilustres o eminentes.

Armas era poeta, aunque poeta en la más estricta significación de la pa-

labra. Sentía vivísimamente la belleza del verso y de la imagen; pero el mundo en sí mismo, la naturaleza, el hombre, carecían de sentido, casi de existencia para él. Nada humano—a excepción de la poesía escrita—lo interesaba; deshacíase en bostezos si a su lado se promovían conversaciones acerca de religión o de política: él no era republicano ni monárquico, católico ni libre-pensador, y el problema filosófico-social más importante, lo era menos a sus ojos que el de hallarle a cada palabra del francés, y aun a cada sílaba, un valor *sugestivo,* fonético o pictórico. De las pasiones, de las tragedias o catástrofes no percibía sino lo exterior, el cuadro, el *gesto:* simple ocasión de ponerse a cincelar alejandrinos. Esta insensibilidad parece que es condición de la escuela decadente; pero en Armas no era afectada, sino muy natural: realmente aquel hombre amaba poco a sus semejantes.

Con sus compatriotas, los cubanos, no era blando; pero el objeto principal de sus burlas era nuestra hermosa lengua castellana, a la que negaba todo: riqueza, vigor, armonía, indignándose de que osara alguien compararla a la francesa, lengua maravillosa, ésta sí, lengua ideal, destinada, sin embargo, a recibir de sus manos una perfección mayor.

¿Fué feliz en su pobreza?—Al parecer sí, porque se le veía vivir a la buena de Dios, como los pájaros, sa-

tisfecho de sí mismo, cantándose sus propios versos, pronto a exclamar como aquel bachiller de *Fausto:* "¡El mundo no existía antes de que lo hubiese creado yo, yo saqué el sol del seno de las olas, conmigo comenzaron las revoluciones de la tierra en su carrera!" Pocas veces, en efecto, podría tropezarse con otro "Yo" tan petulante y agresivo, su conversación y sus versos (véanse las *Rimes Byzantines)* no eran sino perpetuo y fervoroso himno a su inconmensurable personalidad. Pero llevaba una espina clavada en el corazón, lo torturaba la injusticia universal de que se creía víctima (siempre el Yo). El no ser él ya célebre en París y no ser rico todavía, eran *dénis de justice* imperdonables—y soltaba esos "dénis de justice", arqueando el labio, para que partiesen, como flechas, a herir a los injustos.

En suma, fué feliz. Llevó esa vida libre y azarosa del bohemio, vida que en París no carece de encanto, y aunque era insociable por naturaleza, siempre encontraba entre los compatriotas y entre los demás hispanoamericanos algún afecto indulgente y la consideración que por su talento merecía. No quería sujetarse al trabajo que da el pan, porque, según él, la sociedad debía mantener a los poetas, y aunque la sociedad lo mantenía mal o no lo mantenía, su decisión era constante: antes perecer que aceptar tarea obligatoria. Entró una vez, co-

mo redactor, en un diario parisiense, y su primer trabajo fué un cuentecito tan desvergonzado, tan atroz (amores de un padre con su hija), que la edición fué recogida y el gerente del periódico tuvo que pagar crecida multa. Armas se vió, naturalmente, despedido. Pero en su labor poética era tenaz, infatigable y además fecundo: componía incesantemente, en su cuarto, en las *brasseries,* en la calle, escribiendo con lápiz sobre hojas de papel de todas clases y formas, hojas que iban amontonándose, sueltas y sin numeración, en una maleta de cuero, único equipaje que llevaba consigo en sus mudadas.

Armas no tenía más instrucción que la clásica que se recibe en los colegios. Fuera de ésta, su ignorancia era pasmosa. Jamás había yo encontrado espíritu menos curioso que el suyo, llegando su indiferentismo hasta el extremo de desconocer, casi, el París monumental y artístico que por todos lados lo estrechaba. No había para él más arte que el del verso, ni ocupación más noble que la de "labrar metáforas insólitas".

Tuvo un amorcillo... y bien puedo mencionarlo, porque la mujer que lo inspiró ha probado que es digna de que la conozcan y respeten. Era una muchacha del pueblo, sin belleza, muy pobre, pero se unió a aquel joven tan desgraciado como ella, y lo cuidaba, le iluminaba con su alegría ingénita el tugurio en que vivía, y

quién sabe si en esos minutos de desfallecimiento en que aun los más confiados caen, lo alentaba a proseguir. Se les encontraba siempre juntos por calles y en cafés, y todavía conservo en la retina la imagen de tan extraño matrimonio: él, flaco ya, muy moreno, derechito dentro de sus pantalones algo cortos y de su levita abotonada hasta el cuello, con la crespa melena flotando y saltando bajo el ala plana de un sombrero de copa, ya sin pelos y lustroso; ella, larga y desgarbada, eternamente vestida de una saya azul y envuelta a la diabla en una manta de color castaño, cubierta de una capotita informe sobre la cual cimbraban, a compás del paso, dos gruesas flores en la punta de dos alambres invisibles. Aquella pareja, que por lo maltrecha y descarnada parecía no deber simbolizar sino la privación y la tristeza, irradiaba, sin embargo, la satisfacción y el contento y corría, que no marchaba, a través de la brillante capital, con la frente erguida y el saludo pronto y estruendoso, ufano él de mostrar al mundo *su mujer* o entregado a la delicia de cazar en el aire rimas raras para su *Poéme du Cerveau;* envanecida ella de que la viesen con su poeta, con ese mismo que algún día, quizás mañana, iba a ser una de las celebridades de París y a tener palacio, y coche, y cuenta abierta en los grandes almacenes...

¡Ay! el pobre joven cayó enfermo

y fué preciso llevarlo al hospital. *La Charité* lo recibió en grave estado, con una pleuresía aguda, doblemente peligrosa en aquel organismo de suyo débil y estropeado además por varios años de vida de bohemio y de poeta. La joven no se apartó de su lado durante las horas que el reglamento señalaba para visitas de los deudos, y el resto del día lo pasaba en continuo vagar alrededor del edificio, inquiriendo noticias y pronta a cualquier llamamiento.

Al cabo de un mes, poco más o menos, dieron de alta a Armas. No me atrevería a emitir sobre este acto juicio alguno que pareciese querer atacar la seriedad de *La Charité*, uno de los mejores hospitales de París. Pero no puedo menos de preguntarme cómo se decidieron a poner en la calle, por curado, a un hombre que pocos días después moría sin haber sufrido recaída alguna. Si había sanado de la pleuresía ¿no quedaba con otra enfermedad peor, y agudísima, como que visiblemente lo mataba? Los que diariamente lo habían auscultado, ¿pudieran dejar de reconocer la marcha, no, el galope de aquella tisis devorante? ¿Por qué no retenerlo entonces, o por lo menos dirigirlo a otro establecimiento, si la nueva enfermedad no era de su resorte, o por qué no advertir siquiera de la gravedad del caso a la compañera del paciente?... Diéronlo sin más ni más de alta, y nuestro infeliz compatriota,

que no podía tenerse en pie, **hubo de** salir al instante a *convalecer* fuera de allí.

Trasladáronlo a una quinta de Courbevoie, pueblecillo de las cercanías, que se encontraba inocupada y que su dueño el Sr. Urruela—un sudamericano caballeroso—ponía a disposición del poeta hasta que hubiese recobrado la salud. El mismo señor Urruela y dos o tres personas más pusieron en manos de la compañera del inválido cierta suma de dinero—y cito el hecho porque han corrido voces de que Armas había muerto en absoluto desamparo, casi de hambre. No, en la quinta, su morada última, no careció de lo preciso; su solo alimento debía ser la leche, y túvola excelente y abundante, y respecto a cuidados, recibió la asistencia admirable de su amiga, que se hacía además secundar por los porteros de la casa. No careció de nada. Tan lejos se estuvo de que faltasen los recursos, que a su muerte quedó una pequeña cantidad de francos que la muchacha intentó devolver a los generosos donadores y que éstos se negaron a admitir, regalándosela. Y en lo que toca al aislamiento en que se vió, obra fué ésta exclusivamente suya: a nadie quiso comunicar noticias de su estado, y llegaba a irritarse si su amiga insistía en la conveniencia de llamar a algún compatriota, con el simple objeto de que lo distrajese. La colonia, pues, ignoraba de todo en to-

do la situación del poeta, porque aquellos mismos que habían sabido su enfermedad anterior y su salida del hospital, lo creían convaleciendo allá en el campo. Su fallecimiento no se conoció sino diez días después de acontecido, y la noticia, dada por el señor Figarola y Caneda, que fué el primero que la supo, produjo tanto asombro como pena.

Pero volvamos al enfermo. En aquella quinta espaciosa y solitaria fué consumiéndose con aterradora rapidez. Apenas dormía, y como no podía andar ni hallarse acostado, pasaba los días y las noches incorporado entre almohadas sobre el lecho o sentado en un sillón, con los ojos fijamente bajos, encendido por la fiebre, asfixiándose, padeciendo, pero dictando alejandrinos franceses o escribiéndolos él mismo hasta en orillas de periódicos. He visto estos versos últimos, trazados con lápiz tembloroso, y no revelaban por cierto atonía, sino más bien viva excitación intelectual: eran claros y armoniosos, y ninguno se refería al estado en que se hallaba, como si no hubiese tenido, al componerlos, conciencia del fin próximo.

Una mañana, a la semana poco más o menos de encontrarse allí, se sintió muriendo, hizo que su compañera lo tomase en brazos y lo llevase del sillón al lecho, y tras breves minutos de sofocación, en que la mirada, según su amiga, no expresaba sino infinito azoramiento, expiró.

La municipalidad de Courbevoie lo enterró al siguiente día, como a pobre de solemnidad, en la fosa común. A ella fué conducido en el carro de los desheredados, carro horrible, sin molduras, sin penachos, sin ganchos siquiera para colgar coronas... Las coronas no se hacen para carros como ése. El de Armas, no obstante, llevaba, prendida de un clavo cualquiera, una coronita, una pobre coronita de cinco francos, sobre cuyas cuentas el sol de julio ponía puntos de luz que parecían destellos de diamantes. Detrás del carro, y por todo cortejo, iba una mujer alta y flaca, vestida de una saya azul y envuelta en una manta de color castaño. Era la compañera del poeta, aquella que con él recorría las calles de París, envanecida, alegre, soñando trajes, y joyas, y fiestas, mientras él cazaba en el aire rimas de oro para el poema que debía justificar su orgullo y darle la celebridad y la riqueza... Y ahora lo acompañaba también, triste, toda quebrantada de acabar de recibir sobre la nuca la caída de su mundo, pero adicta siempre a su poeta, al pobrecito que, después de haber aspirado a tanto, iba humildemente a esconderse en el seno de la tierra. Ella le pondría, en vez de los laureles entrevistos, su coronita de cinco francos, bien empapada en lágrimas de verdadero amor... corona al fin y al cabo la más digna de un poeta.

REVISADO
MNBC
CHA
03/10